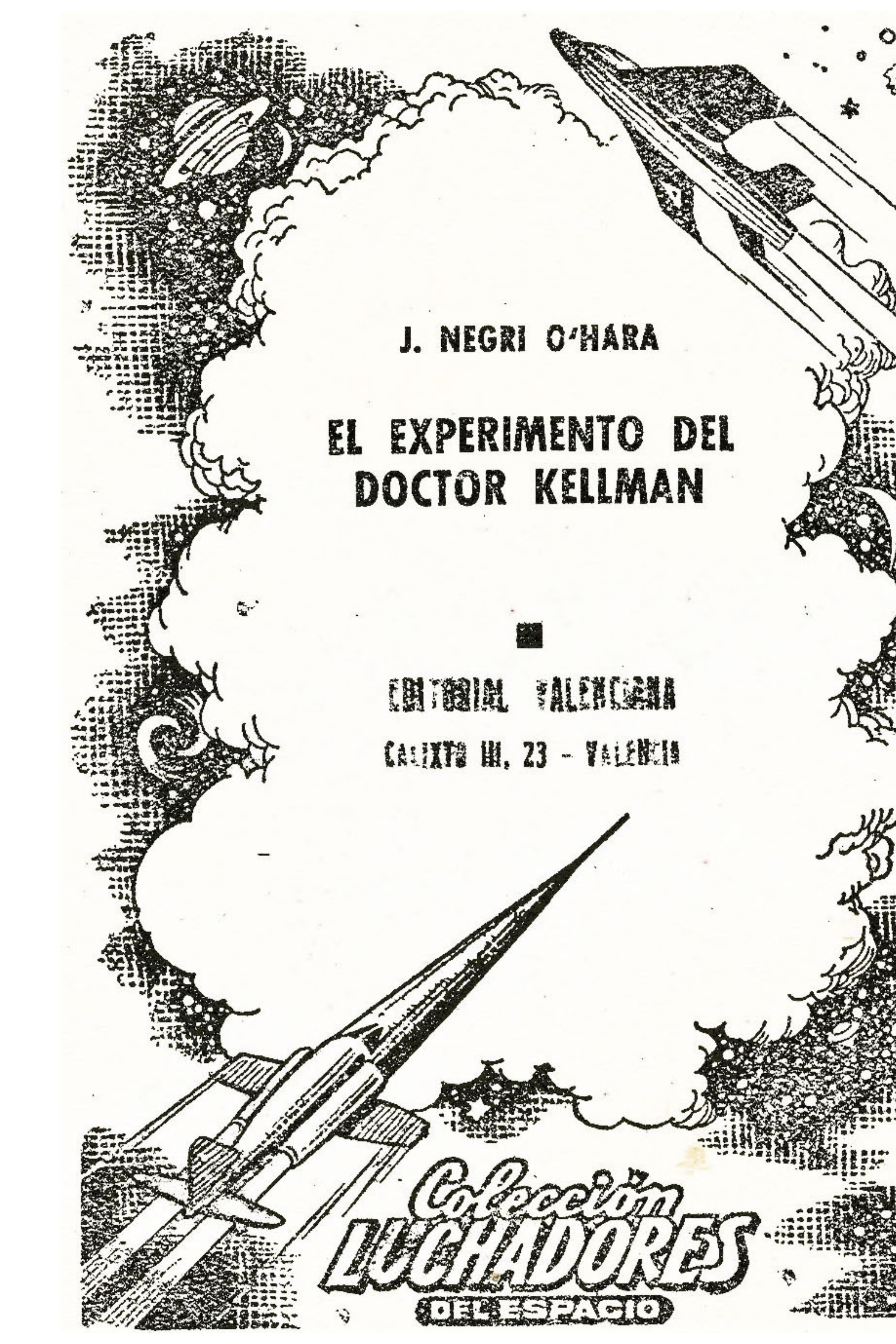

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
El EXPERIMENTO del DR. KELLMAN
J. NEGRI O'HARA.



J. NEGRI O'HARA
EL EXPERIMENTO DEL DOCTOR KELLMAN
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

DEPÓSITO LEGAL V. - 487 - 1958.
PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTISTICA - VALENCIA



CAPÍTULO PRIMERO

Extraño negocio

Entre los numerosos y muchos de ellos nada recomendables conocimientos que poseía Martín Wall, contábase el de conocer los principales idiomas y un número muy respetable de dialectos.

No es que por tales dotes pudiera imaginársele un universitario, ni que él pensara en absoluto ocupar una cátedra de idiomas. Martín Wall estaba más que satisfecho con poder hacerse entender en cualquier lugar del globo y ser comprendido allí donde a él le interesara. Y tales lugares, por lo general, no eran otros que los situados en zonas portuarias y garitos de los alrededores.

Por ello, quedó sorprendido ante la mirada de estúpida incomprensión del indígena a quien pidió una botella de «Black-River», de Jamaica, en aquel infecto tugurio de la isla Tarawá, en el Pacífico, adonde le llevó su mala suerte, influenciada en parte por el interés que los agentes portuarios de la isla Guam, del grupo de las Marianas, mostraron por el cargamento que llegó en el

buque mandado por él, y con el que se dedicaba a recorrer diversas partes del mundo.

No fue aquella una operación afortunada. Después de emplear en Hong-Kong la casi totalidad de sus ahorros en unos miserables paquetes de «medicinas» -él nunca utilizaba la fea palabra «estupefacientes»-, se vio obligado a abandonar el barco, incluida la carga, al llegar a Guam.

Y gracias a que le quedaron algunos dólares que le sirvieron para salir de la isla en otro buque, y no alojado en un camarote precisamente, sino de la manera más clandestina y ruin que Martín Wall recordara haber salido nunca de ningún otro lugar.

Volvió a fijar la vista en el indígena, que aún continuaba frente a él como alelado, y le preguntó admirado, en el lenguaje que cualquier hombre de las islas del Pacífico hubiese comprendido:

-¿Es que no has entendido?

-No, señor -respondió el hombre, algo turbado-. No saber qué bebida ser «Río Negro».

-¡Vaya! -la sorpresa hizo incorporarse a Wall.

Aquel corpachón de atleta, con la no muy pulcra camisa abierta mostrando el velludo pecho, hizo encogerse instintivamente al canijo indígena.

-Ven acá, pedazo de animal -dijo pacientemente Wall, enzarpando con su poderosa mano el escuálido hombro del otro-. ¿No me irás a decir que no sabes lo que es ron? ¡Ron!

La voz sonó como un cañonazo cuyo impacto hubiese dado de lleno en el pecho del atemorizado camarero, que se estremeció.

-Sí, señor -asintió precipitadamente-. Tener ron. Buen ron. Ron... Ron...-; y, desprendiéndose de la mano de Wall, marchó presuroso mientras movía la cabeza repetidamente en señal afirmativa.

Wall tomó asiento nuevamente. Respiró hondo, satisfecho, y comenzó a forjar planes para salir de aquella «repugnante ratonera». Porque, entre otras saludables virtudes, Wall poseía la de no hechar raíces en ningún sitio.

La llegada del hombre con el ron le sacó de sus pensamientos. Bebió un sorbo del líquido y chascó la lengua complacidamente.

-Esto ya es otra cosa -exclamó-. Y tú, deja la botella ahí, rata de agua.

-Sí, señor. Rata de agua dejar botella.

Al quedar solo, Wall ojeó el local. Algunos hombres, ingleses con seguridad, bebían y charlaban, mientras los indígenas veíanse escasamente. En un ángulo del local, un hombre hallábase sentado ante una mesa sobre la que le habían servido una bebida refrescante.

Al mirar hacia allí, Wall notó que aquel hombre le había estado observando. Era alto, huesudo, de rostro enérgico e inteligente y nariz fina sobre la que cabalgaban unas gafas de concha. La blanca camisa y el pantalón, también blanco, presentaban algunas manchas de grasa. Un ligero sombrero de palmilla dejaba al descubierto la despejada frente.

Aquel hombre miró nuevamente hacia Wall, y, de pronto, como en un impulso repentino, púsose en pie y se acercó a la mesa ocupada por éste.

-¿Puedo tomar asiento aquí? -preguntó, señalando una silla desocupada, que se hallaba próxima a Wall.

Este le miró largamente antes de responder. Luego, silenciosamente, asintió con un movimiento de cabeza.

-Mi nombre es Saddler. Doctor Alexander Saddler -le dijo a manera de presentación-. ¿Es usted inglés?

-Soy medio español y medio norteamericano -respondió Wall evasivamente, echándose al coleto un trago de ron.

-¡Ah! Le supuse inglés. Creí que era usted un marino inglés de paso por esta isla- al decir lo cual, el doctor señaló la gorra de visera charolada que descansaba en un extremo de la mesa.

No agradaban mucho a Wall los tipos como el doctor, de voz suave y ademanes melosos. Pero admitió la conversación porque se hallaba en la desesperada situación de un zorro atrapado en un cepo. Le urgía poder salir de aquel peñasco, y la salvación podía llegarle inesperadamente de cualquier desconocido.

-No se equivocó en lo que respecta a mi profesión -dijo-. Perdí la embarcación y fui recogido por un buque que me dejó en esta isla. Ahora busco la forma de llegar a Nueva Guinea o Australia.

La mirada del doctor pareció animarse. Con voz que denotaba cierta excitación, indagó:

-Luego, ¿no tiene ahora ninguna ocupación?

-En absoluto -respondió Wall tranquilamente, recostándose en el respaldo de la silla.

El doctor quedó un momento pensativo. Wall le observaba con la mirada del experto que ha tratado con toda clase de granujas en los más diversos ambientes. El ligero temblor nervioso de las manos del doctor no pasó desapercibido para Wall, lo que le hizo deducir que aquel hombre se encontraba en un aprieto o que era un asiduo consumidor de las «medicinas» con que él comerciaba.

-Escuche, señor... -comenzó a decir el doctor Saddler.

-Wall, Martín Wall -no tuvo inconveniente en comunicar éste.

-Bien, señor Wall. Tengo para usted un trabajo que puede interesarle. Se trata de conducir una pequeña embarcación a un lugar determinado. ¿Qué dice a ello?

Quedó anhelante, esperando la respuesta. Wall observó que intentaba dominar el temblor de sus manos. Allí había gato encerrado. Su instinto de hombre curtido en el peligroso negocio del tráfico de drogas prohibidas, le advirtió certeramente de que se hallaba ante un magnífico negocio. Y no pensó desaprovecharlo; menos aún, en las circunstancias en que se hallaba. Decidió extraerle el mayor jugo posible. Si consiguiera unos centenares de dólares, ello haría posible el que pudiera llegar a Australia. Una vez allí...

Wall sonrió interiormente. Hizo una seña al indígena que antes le sirviera, el cual acudió presuroso moviendo la cabeza afirmativamente como un muñeco mecánico, aún antes de que Wall le pidiese otro vaso.

Cuando lo dejó sobre la mesa, Wall escanció ron de la botella e indicó al doctor Saddler:

-Beba un trago. No es la marca que prefiero, pero no es malo del todo.

-Gracias -aceptó el doctor-. ¿Qué decide? Wall se tomó una larga pausa antes de responder. Al final, habló calmosamente:

-¿Dice que se trata de conducir una embarcación?

-Eso es.

-¿Qué clase de embarcación?

-Un pequeño barco con motor de petróleo. De los que se utilizan para la pesca.

-¿Dónde hay que conducirlo?

El doctor Saddler no contestó de momento. Miró fijamente a Wall, como queriendo adivinar sus pensamientos, y replicó:

-El lugar se lo diré una vez acepte y se encuentre a bordo.

-De acuerdo. ¿Qué cargamento llevaremos?

-No se trata de mercancía. Sólo de dejarme en el punto de destino con... un pequeño fardo.

Wall sonrió. Ya iban aclarándose las cosas. ¡Un pequeño fardo! Serían «medicinas», naturalmente. Sí que haría aquel negocio; sólo faltaba fijar el precio. Y a la hora de hablar claro, podía decirse que a Wall no se le trababa la lengua.

-Eso es peligroso -opinó, dejándose de rodeos-. ¿Cuánto piensa pagar?

Los ojos del doctor Saddler abriéronse asombrados tras los gruesos lentes.

-¿Peligroso? ¿Por qué cree que es peligroso?

-Óigame, doctor -atajó Wall resueltamente-. Si hemos de trabajar juntos conviene hablar claro. Eso es peligroso y usted lo sabe. ¿Qué cantidad piensa dar por ese trabajo y cuál es el punto de destino? Usted no puede recurrir a cualquiera y por eso ha venido a mí, que soy un desconocido en la isla. Pongamos las cartas sobre la mesa.

El doctor Saddler abrió la boca para interrumpir a Wall, pero, después de titubear, desistió de ello. A continuación, habló apagadamente:

-Puesto que dice usted ser norteamericano, tratemos en la moneda de su país. Estoy dispuesto a pagar mil dólares.

La cantidad dejó sin habla a Wall. ¡Diablo! Era doble de lo que él se hubiese atrevido a pedir. Pero no iba a ser tan tonto en aceptar a las primeras de cambio.

-¡Mil dólares! -comentó despectivamente-. No es mucho.

Y quedó mirando pensativamente al doctor Saddler.

-Entonces, ¿no acepta? -preguntó éste, ansiosamente.

Mal comerciante. Aquel doctor era el peor comerciante que Wall tratara en su vida. Una inocente paloma que, con la ansiedad retratada en el rostro, denunciaba su gran interés, y también que estaba dispuesto a dar el doble de lo ofrecido.

-¿Destino? -preguntó Wall, sin responder a la pregunta del doctor.

-Es una pequeña isla situada al oeste: Nauru. ¿La conoce?

-¡Rayos! ¿Ha dicho Nauru? ¿Sabe que aquello no es más que un asqueroso peñasco y que en cualquier lugar que atraquemos seremos vistos?

Y da la casualidad de que está vigilado nada más que por Australia, Inglaterra y Nueva Zelandia. No, amigo, no; deje de contar conmigo para eso.

-Doblo la cantidad. Dos mil dólares.

El truco surtió efecto. Tanto daba que el doctor hubiese dicho Nauru, como Beru o Makin. De cualquier isla habría dicho Wall algo parecido para aumentar el precio. Y lo consiguió. Sin embargo, no aceptó inmediatamente.

-Es peligroso; muy peligroso... -objetó, desmayadamente.

-Tres mil.

Siguió un silencio, que en Wall era de profundo asombro al ver cómo se le venía a las manos aquel puñado de dólares. Pero el doctor, acuciado por alguna razón desconocida, interpretó equivocadamente su mutismo.

-Cuatro... ¡Cinco mil! -determinó con decisión-. ¿Acepta?

-¡Acepto! -Wall pudo al fin sacudirse el estupor-. ¿Cuándo salimos?

-Una hora después de anochecer le espero en el embarcadero del oeste. Le ruego no hable de esto con nadie.

Mientras hablaba, el doctor Saddler extrajo unos billetes que entregó a Wall.

-Tome. Ahí van quinientos dólares. Esta noche, en el embarcadero, le entregaré dos mil, y el resto, al llegar a Nauru. ¿Conforme?

-Conforme -asintió Wall-. Y, dígame, doctor, ¿cómo podré salir de aquel islote?

-Una vez lleguemos a él puede quedarse con la embarcación y partir para donde guste.

-¡Magnífico! -aprobó Wall, sumamente satisfecho.

Tendió la mano al doctor, pero éste, fingiéndose distraído, se marchó sin estrecharla.

Wall encogióse de hombros. Una amplia sonrisa de complacencia animó su rostro al palpar los billetes en el bolsillo del pantalón, y cogiendo la botella, bebió de ella un gran trago de ron, que al derramarse por las comisuras de la boca, resbaló por su garganta manchando su camisa.

Al terminar, limpióse la boca con el dorso de la mano. Abonó la consumición, y, colocándose la gorra, salió al exterior con un inconfundible aire dé hombre que ha realizado un buen negocio.

Lejos estaba Martín Wall de suponer que iba a entrar de lleno en la más desconcertante y terrible aventura que tuviera ocasión de vivir en su



errabunda existencia de aventurero de los mares.

CAPÍTULO II

La bestia oculta

Cuando aquella noche Martín Wall marchaba hacia el embarcadero del oeste, llevando sobré un hombro el pequeño saco conteniendo toda la impedimenta que le quedó después de su tropiezo en Guam, el contento interior que le inundaba brotaba por su boca en forma de silbido que intentaba seguir una melodía moderna.

No se daba cuenta de que algunas ráfagas huracanadas le azotaron el rostro. Estaba acostumbrado a los súbitos cambios de tiempo. en las islas oceánicas y ni pensó por un instante en que una fugaz y rápida tormenta podría desbaratar el proyectado viaje.

Algunas espaciadas gotas de lluvia comenzaban a caer cuando llegó al embarcadero. Le salió al paso la figura del doctor, embutido en un impermeable embreado y con botas altas. A duras penas reconoció en él al atildado personaje de hacía unas horas, cuyo rostro, medio escondido bajo el capuchón impermeable, apenas era visible en la oscuridad.

-¡Pronto! -apremió el doctor al llegar cerca de Wall-. Aquella es la embarcación.

Señaló hacia una negra forma que bailoteaba en las revueltas olas sacudidas por el viento.

-¡Cómo! -exclamó el doctor, sorprendido, al ver llegar a Wall sólo con la camisa, que ya empezaba a empaparse con las gotas que caían-. ¿Viene sólo con eso? ¿No cree que habrá tormenta?

-¡Bah! ¡Tormentas ecuatoriales! Tan pronto se inician, ya han pasado.

Continuó andando junto al doctor hasta llegar cerca de la orilla. Una vez allí, extrajo del saco un grueso chaquetón que se colocó, junto con un gorro de cuero parecido a un pasamontañas.

El embarcadero estaba resguardado de las ráfagas del viento noreste que soplaba, por una pequeña ensenada natural de roca volcánica. La embarcación en que habría de efectuarse el viaje era ligera, con un solo mástil, tipo corriente utilizado por los pescadores del territorio de las islas del Pacífico. En la parte de popa existía una cámara que era el único lugar en que podría hallarse resguardado ante el embate de las olas. La rueda del timón hallábase en el interior de una estrecha garita, con ventanillos de cristal, que sobresalía como una extraña joroba en el centro de la embarcación.

Mientras Wall hablaba de una cuerda que sujetaba a la barquilla que habría de trasladarles a bordo, el doctor Saddler sacó un fajo de billetes que retuvo hasta que se hallaron en cubierta.

-Tome -dijo, entregándolo a Wall-; son dos mil dólares, según lo convenido.

Wall los recogió en silencio, procediendo a guardarlos en la cartera de hule impermeable que extrajo de un bolsillo del chaquetón.

Descendió después al lugar en que se hallaba emplazado el motor, poniéndolo en marcha, sin dificultad. Ayudado por el doctor izó la barquilla, sujetándola con unas cuerdas.

La lluvia comenzaba a arreciar cuando el barco, dejando oír los sordos y espaciados pac-pac del motor, enfiló hacia el oeste, tomando el rumbo a la isla Nauru.

Apenas llevaban unas horas de navegación, durante las que no cambiaron palabra alguna, cuando las antes revueltas olas comenzaron a tomar proporciones gigantescas y amenazadoras. Los relámpagos sucedíanse frecuentemente, acompañados por el lejano retumbar de los truenos.

Wall orientábase por una vieja brújula situada junto al timón. El barco no llevaba luz alguna de situación, sólo una lámpara suspendida en la garita del timón, que bailoteaba peligrosamente a cada vaivén que daba el barco.

El violento viento de noroeste precipitaba imponentes masas de agua contra la frágil embarcación, que la barrían de popa a proa; pero aquella «cáscara» -como Wall la denominó- resistía intrépidamente las acometidas, saltando en la masa líquida como podría hacerlo un delfín.

El doctor Saddler permanecía junto a Wall. Sólo en una ocasión marchó hacia la cámara de popa, venciendo las dificultades que ello suponía y pese a las advertencias de éste. El interés que mostraba por «el fardo» indicó a Wall la importancia que le concedía.

Súbitamente, halláronse en el mismo corazón de la tormenta. El barco fue zarandeado como si una mano gigantesca intentara destrozar sus cuadernas, y todo su armazón dejó oír siniestros crujidos.

Ni una palabra, ni un comentario salió de labios de Saddler. Wall sintió un poco de admiración por el delicado doctor, a quien no consideró capaz de soportar impávido una terrible tormenta como aquella.

-Hemos de desviar el rumbo -gritó para vencer el fragor del oleaje-.

Los golpes de mar en la popa pueden averiar el timón.

El doctor Saddler asintió con un breve movimiento de cabeza. Evidentemente, dejaba por completo en manos de Wall todo lo concerniente al manejo de la nave.

Pero aquella decisión de Wall fue tardía. Al iniciar un giro de varios grados a la derecha, intentando conducir el barco soslayando la tormenta, éste fue recogido y elevado a gran altura por una inmensa ola que lo inclinó peligrosamente. Antes de poder enderezar el rumbo, fue precipitado con violencia, recibiendo al mismo tiempo otro terrible golpe de agua que casi lo hizo volcar.

Resonó un fuerte crujido de maderas partidas en la parte de popa. La cubierta superior de la cámara no había podido resistir el espantoso choque y saltó en pedazos, embarcando por la brecha gran cantidad de agua que comenzó a inundarla.

Al mirar Wall hacia allí, aprovechando el breve destello de los relámpagos, dióse cuenta del destrozo.

-¡Mil rayos! -rugió-. Esto se pone feo. La cámara de popa está inundada.

No bien pronunció aquellas palabras, cuando el doctor Saddler se precipitó al exterior, lanzando un desesperado grito:

-¡Tanaru!

Una ola le golpeó con furia haciéndole perder el equilibrio e inundando de paso la cabina en que se hallaba Wall.

-¡Deténgase! -bramó éste, chorreando agua sin soltar el timón-. ¡Maldito doctor! ¡Vuelva!

Pero el doctor no atendía. Trabajosamente avanzaba cogiéndose a todo cuanto hallaba a mano y recibiendo los golpes de mar que amenazaban arrastrarlo.

-¿Quiere que nos ahoguemos? -gritaba inútilmente Wall-. ¡Vuelva acá o dejo el barco al garete!

Mas el doctor luchaba titánicamente intentando llegar a la inundada cámara de popa.

Conociendo la violencia del oleaje, Wall temió que el doctor Saddler fuese arrebatado por una de ellas. En atención a la veracidad, ha de aclararse que no fue ajeno a este temor el de perder los restantes dólares ofrecidos para

el final del viaje.

Así pues, sin pensarlo más, Wall abandonó la rueda del timón dejándola en manos del diablo -según su frase-, y se lanzó en dirección al doctor justamente cuando éste, exhausto por el esfuerzo realizado, era envuelto por una ola que iba a precipitarlo en el abismo.

De un zarpazo pudo asirlo Wall por la capucha del impermeable, mientras con el otro brazo asíase desesperadamente a unas jarcias. Pudo al fin arrastrar el cuerpo del doctor hacia él y consiguió pasarle una soga alrededor de la cintura, dejándolo bien sujeto.

El doctor hallábase al borde del desvanecimiento, pero, aún así, trataba de librarse de la atadura, sin dejar de murmurar lastimera y repetidamente:

-¡Tanaru! ¡Tanaru!

-¡Maldito loco! -pudo al cabo de unos minutos gritar Wall, repuesto del anterior esfuerzo- ¿Quién es Tanaru?

Intentó el doctor contestar, pero se vieron inundados por un nuevo golpe de mar.

-¡Allí! -señaló el doctor hacia popa cuando pudo hablar-. ¡Allí! ¡Se ahoga!

-¿Qué dice? -Wall le sujetó por los cabellos, mirándole con estupor. ¿Hay allí un hombre?

La cabeza del doctor intentó, moverse afirmativamente.

-¡Sálvelo! -gimió, sufriendo a continuación un desvanecimiento.

Wall avanzó arrastrándose hacia la cámara de popa, aprovechando los breves intervalos entre uno y otro asalto de las olas.

A medida que se aproximaba, le parecía oír, a través de los aullidos del huracán, otros aullidos más humanos en un alto tono histérico. Acercóse a la puerta de la cámara, y entonces oyó perfectamente los escalofriantes gritos acompañados de sordos golpes en la madera.

Sosteniéndose fuertemente agarrado a una argolla de hierro, descargó Wall un potente golpe con el tacón en la puerta, la cual quedó medio desencajada. Un nuevo golpe la arrancó de sus goznes, saliendo por la abertura gran cantidad de agua.

Wall no era hombre que se impresionara con facilidad, pero en aquella ocasión sintió en el cuero cabelludo el frío estremecimiento que hace

erizarse los cabellos.

Porque en la puerta de la cámara apareció la más horrible bestia que Wall viera jamás.

Un relámpago alumbró en aquel momento la escena con su cárdeno resplandor.

No fue el peludo cuerpo, ni las cortas piernas, ni los largos brazos cuyas manos casi llegaban al suelo, Al fin y al cabo Wall había visto suficientes orangutanes como para no admirarse. Fue la horrible cabeza, aquella terrorífica cabeza, la que le produjo un estremecimiento.

Excepto la enorme boca de prominentes belfos, el resto de ella aparecía poblada de pequeños cilindros metálicos, que le sobresalían de los ojos, nariz y orejas incluso la frente, parietales y parte superior del cráneo estaban cubiertos de ellos. El correspondiente al ojo izquierdo había sido arrancado violentamente en su lucha por salir de la cámara, y aparecía colgando sobre el rostro, junto con el globo del ojo en el que parecía incrustado. Unas fibras sanguinolentas evitaban el que se hubiese desprendido totalmente, haciéndolo oscilar repugnantemente junto a la vacía órbita.

La extraña bestia quedó unos segundos frente a Wall, inmovilizada por el estupor, hasta que lanzando uno de aquellos agudos gritos, arrolló a Wall y avanzó a grandes saltos hacia proa.

Cogiéndose nuevamente a la argolla, Wall intentó seguir con la vista a la negra silueta que se alejaba.

Una masa de agua inclinó el barco de costado, barriendo la cubierta con ímpetu formidable. Y Wall tuvo la certeza de que la bestia fue arrastrada hacia el mar.

En la tenebrosa noche, mezclado al estruendo de los truenos y al fragor de la tormenta, oyóse el horrendo aullido infrahumano. Segundos después, volvió a escucharse más debilitado y lejano.

Luego, sólo la furia de los elementos, azotados por la tormenta que se alejaba hacia el oeste.

Wall sacudió fuertemente la empapada cabellera y se frotó los ojos desesperadamente, temiendo haber sido víctima de una terrible visión de pesadilla.

CAPÍTULO III

El secreto de la isla Nauru

Mediada la mañana del siguiente día, la embarcación navegaba inclinada de babor y medio inundada. El motor trabajaba con dificultad y el avance resultaba extraordinariamente lento.

Martín Wall, con la ropa aún mojada y presentando en un pómulo la tumefacción producida por un golpe recibido durante la tormenta, intentaba enderezar el rumbo en la dirección de Nauru, de cuya dirección habíanse desviado notablemente hacia el sur, arrastrados por la furia del huracán mientras se hallaban al garete. El doctor Saddler hallábase junto a él, presentando el abatido aspecto de un hombre derrotado.

La tormenta había cedido la noche anterior tan súbitamente como se inició, y las olas, aunque siguieron siendo altas, no rompían con la misma furia. El cielo había dejado ver los luminosos puntos de las constelaciones a través de los frecuentes claros que se producían en las nubes, arrastradas rápidamente por el aire. La luna también había lanzado sus pálidos rayos por estos claros como queriendo cerciorarse de que la frágil embarcación no había naufragado.

Después de la terrible impresión sufrida por Wall ante la aparición de la extraña bestia en la cámara de popa, hubo de luchar denodadamente hasta llegar de nuevo junto al inconsciente Saddler.

Al ceder la violencia de la tormenta, pudo deshacerse de las ataduras que retenían al doctor y arrastrarlo hasta la cabina del timón. Dejándolo apoyado en uno de los ángulos, procedió a dominar el gobierno de la nave, que antes estuviera a merced de los elementos. Milagrosamente, la brújula no sufrió desperfectos y Wall pudo apreciar la sensible deriva que tuvieron.

Hasta el amanecer, y orientándose con la brújula .y por las estrellas, sostuvo Wall la más dura lucha que recordara en su azarosa vida de marino.

Al fin, cuando la luz del sol inundó el espacio líquido, Wall respiró con más tranquilidad. El peligro podía considerarse pasado y ahora la nave, aunque con dificultad, navegaba valientemente.

Entonces Wall fijó la atención en Saddler. Éste habíase recuperado algo, pero las pasadas emociones habíanle rendido de tal forma, que se hallaba como amodorrado echado en el fondo de la cabina y con algo de incoherente en sus mortecinas pupilas desprovistas de los lentes.

Wall dejó fijada la dirección y se inclinó ante él. Le sacudió por los hombros y entonces Saddler abrió desmesuradamente los ojos, pareciendo darse cuenta de la realidad.

-¡Tanaru! -exclamó, con sobresalto.

-Cálmese, amigo -le recomendó Wall con voz adusta-. Creo que me debe alguna explicación sobre ese Tanaru ¿no le parece?

-¡Tanaru! -repitió el doctor, como llamando a alguien-. ¿Dónde está Tanaru?

-Si mis cálculos son exactos -replicó Wall-, estará en los profundos infiernos, de donde no debió salir.

-¡Muerto! -gritó el doctor; consternado-. ¡Pobre Tanaru!

-Bueno; déjese de lamentaciones y dígame qué pretendía con semejante bestia a bordo.

-¡Ah! ¿Lo sabe?

-¡Despiértese de una vez! -gritó Wall, de mal talante-. ¿Cómo quiere que lo ignore? Intenté abrir la puerta de la cámara y me saltó al pecho ese bicho raro. Gracias a que una ola lo arrastró a las profundidades. ¡Hubiéramos estado listos teniéndolo suelto por cubierta...!

-¿Entonces...? -balbuceó Saddler, estupefacto. Inesperadamente se incorporó de un salto, lanzándose a cubierta en dirección a popa, mientras gritaba el extraño nombre:

-¡Tanaru!

Wall le siguió, dándose a todos los demonios por haberse embarcado con aquel loco. Porque a Wall no le quedaba el menor átomo de duda de que Saddler tenía la cabeza hueca como un coco.

Al llegar a la inundada cámara, ya el doctor había penetrado en ella y se encontraba metido en agua hasta más arriba de la cintura.

Sobre el agua flotaban algunos objetos, pero entre ellos veíase un gran cesto en forma de ataúd, medio cubierto por una lona impermeable, el cual aparecía destrozado por uno de sus lados.

Ante el asombro de Wall, Saddler continuaba tanteando bajo el agua, sumergiendo incluso la cabeza, hasta que pareció hallar lo que buscaba. Wall penetró en el agua y le ayudó a extraer aquel fardo.

Hasta que lo trasladaron a cubierta, no se dio cuenta Wall de que se trataba del cadáver de un hombre envuelto en dos gruesas mantas.

Una vez despojado de ellas por el doctor, pudo ver que se trataba de un indígena de las islas, polinésico sin duda, que apareció con el musculoso torso desnudo y la cabeza envuelta en vendajes con ligeras señales de sangre disueltas por el agua. La contracción de sus manos denotaba su horrible agonía.

Saddler pareció quedar anonadado ante el cuerpo sin vida, y de sus labios salieron frases incoherentes y apagadas lamentaciones, cuyo significado no captó Wall.

-Abandonado... No debí hacerlo... se enfurecerá el doctor… -murmuraba Saddler, ajeno a la presencia de Wall.

Éste reaccionó según su temperamento. Encarándose duramente con Saddler, le increpó con dureza:

-¡Estúpido loco! ¡Esto colma la medida! ¿Qué clase de negocio es éste, con heridos ocultos, bestias raras, e incluso con usted, que no es más que un chiflado? ¡Explíquese inmediatamente o le prometo que servirá de pasto a los tiburones!

La agresiva actitud de Wall no pareció amedrentar a Saddler. Lentamente, retiró la vista del cadáver y la fijó en su, interlocutor. A continuación, con voz lenta y cansada, refirió a Wall la extraña historia.

-Tanaru era un muchacho polinésico, de la isla Nukunono, al que recogí muy pequeño cuando quedó huérfano. Más que un servidor, era para mí como un hijo. Me acompañó en todos mis viajes por las islas del Pacífico, y era un experto conocedor de la navegación por estos mares.

Saddler se detuvo y su rostro mostró la pesadumbre que le embargaba.

-En esta ocasión, como en otras -prosiguió-, él conducía la embarcación, pero, al desembarcar en Tarawá para repostar de petróleo, sufrió una caída en las rocas que le produjo fractura de cráneo. Me urgía llegar a Nauru y no conozco nada de navegación. Por ello le contraté a usted. Nunca pude sospechar que este maldito viaje tuviera tan fatales consecuencias...

-Pero, ¿por qué no lo desembarcó en Tarawá para que fuese atendido? -indagó Wall.

Tanaru estaba inconsciente y atacado por alta fiebre. Deliraba...

-¿Y usted temía...?

Saddler miró a Wall largamente. Sus ojos parecieron sondearlo.

-Exactamente -confirmó, tras esta pausa-. Temía que en su delirio

dijese algo referente al secreto de la isla Nauru.

-¿Y la extraña bestia...?

-Forma parte del secreto -terminó el doctor-. Y ahora -continuó, cambiando de tema- ya sabe el porqué de ocultarlo. Es todo cuanto puedo decirle.

Momentos después, el cadáver del infortunado Tanaru era lanzado al mar envuelto en las mantas. Así lo propuso Wall y lo aceptó Saddler, en evitación de complicaciones.

* * *

Nauru no es más que una pequeña isla del Pacífico, de unos veintidós kilómetros cuadrados. De origen volcánico, su suelo es escasamente productivo, pero exceptuando algunos indígenas que se dedican a la pesca, su producción radica en los ricos yacimientos de fosfatos, conocidos por «nauruita», de los que su escasa población es dependiente en mayor o menor grado.

La isla, conocida también por Pleasant, perteneció a Alemania, pero actualmente se halla bajo el control fiducitario inglés, australiano y neozelandés.

A indicaciones de Saddler, la embarcación gobernada por Wall contorneó la isla a una milla escasa, dirigiéndose a su parte occcidental.

Al divisar un grupo de arrecifes que se adentraban en el mar, adquiriendo la extraña forma de un saurio semisumergido, el doctor señaló aquel lugar como punto de desembarco. Hacia allí enfiló Wall la proa a una marcha moderada.

Una pequeña playa podía verse, y, al llegar a sus proximidades, Wall se arrojó al agua con objeto de llegar a tierra y halar del cabo que arrojó Saddler.

La embarcación quedó amarrada. Entonces, Wall y Saddler encamináronse por la desierta playa hacia unos rústicos peldaños socavados burdamente en la roca, y que conducían a la parte superior del acantilado.

A los ojos de Wall se mostró una estrecha faja árida y pedregosa. Más allá, hacia el interior de la isla, grupos de árboles enanos y pequeños arbustos, mezclábanse a una exuberante vegetación de helechos y plantas trepadoras. Cercano a la linde de esta selva en miniatura, alzábase un «bungalow» de alegre aspecto, rodeado por una baja valla de madera. Los alrededores de la

casa estaban rodeados por maravillosas muestras de la flora ecuatorial.

A Wall le llamó la atención una alta torreta que se hallaba sobre una eminencia rocosa, a espaldas de la casa, y en cuya parte superior sostenía unas complicadas figuras geométricas, que le daban cierta semejanza con las antenas de las emisoras de televisión. Los rayos del sol poniente arrancaban destellos metálicos de la torreta.

-Ese es el punto de destino -señaló Saddler hacia la casa-. Una vez allí, le será entregado el resto de lo convenido. Sólo deseo pedirle explique al doctor Kellman lo ocurrido durante el viaje.

Al cruzar la valla les salió al paso un indígena que dio señales de alegría al reconocer a Saddler. Este golpeóle la ancha espalda y le sonrió amistosamente, encaminándose hacia la casa seguido por Wall. El indígena emitió algunos sonidos guturales y quedó en el jardín.

-Es mudo -explicó Saddler-. Un buen hombre a quien operé de una horrible dolencia en la lengua. Ahora presta servicio en la casa.

La puerta no estaba del todo cerrada. Saddler la empujó e hizo seña a Wall para que le siguiera.

Penetraron en una alegre habitación, amueblada con algunos rústicos pero cómodos sillones. Un estante, conteniendo gran número de libros, ocupaba el testero del fondo; junto a él, una mesa escritorio aparecía atiborrada de papeles, colocados no muy ordenadamente. Sobre ella había un aparato que Wall dedujo sería un microscopio.

-¡Doctor Kellman! -llamó Saddler en voz alta.

Hubo de repetir la llamada antes de que una puerta lateral dejara paso a la figura de un hombre.

Bajo de estatura, pero macizo, el doctor Kellman resultaba un hombre verdaderamente notable. Rostro cuadrado y enérgico, coronado por una amplia y abombada frente; el cráneo, calvo por el centro, estaba rodeado por una a manera de aureola de sedoso pelo blanquísimo, que, virgen al alisado de un peine, prestábale la fantástica forma de una pelada loma rodeada de nubes.

Su fría mirada no mostró extrañeza al ver a Saddler acompañado por Wall.

-¿Qué tal, Saddler? ¿Hizo una travesía feliz? -preguntó en inglés, con marcado acento germánico, arrastrando muy pronunciadamente la erre.

La pregunta fue hecha en el mismo tono indiferente con que se

preguntaría al pasajero de un trasatlántico de lujo.

-Sufrimos contratiempos, doctor -contestó Saddler.

Wall descubrió en su acento algo como un leve temor.

-Era de esperarr. Pero, ¿todo bien? -volvió a indagar el doctor.

Con toda certeza, Saddler hallábase intranquilo. El temblor nervioso de sus manos, que Wall le viera en Tarawá, volvió a repetirse. Sin responder directamente, habló Saddler:

-Le presento al señor Wall, doctor. El podrá referirle mejor que yo lo ocurrido. Señor Wall, ¿tiene la bondad de explicarlo?

Antes de que Wall intentase hablar, el doctor Kellman se le anticipó.

-Siéntese, porr favorr -dijo, señalando uno de los sillones, mientras hacían otro tanto él y Saddler-. Tengo mucho gusto en conocerle, señorr… Wall. Mi nombre es Kellman. El señorr Saddlerr parece algo nervioso y ha omitido el presentarme. Hable cuando guste.

Las maneras, francamente agradables, del doctor Kellman, denotaban al hombre de mundo. Quedó mirando a Wall atentamente, con una cortés sonrisa en sus labios.

Bien -comenzó, yendo directamente al asunto-. Fui contratado por el señor Saddler, en Tarawá, para dirigir una embarcación hasta esta isla.

Y a continuación, Wall refirió, lacónica pero verazmente, los incidentes ocurridos a bordo hasta el momento de desembarcar en la isla.

-Y ahora -finalizó- sólo resta me entreguen los dólares que faltan y mi misión ha terminado.

Siguió una larga pausa silenciosa, durante la cual el doctor Kellman dirigió por dos veces la mirada al silencioso Saddler; pero Wall no descubrió ningún gesto de desagrado en su impenetrable rostro, que confirmaran el temor acusado por Saddler.

-¡Ah! -exclamó el doctor Kellman, lanzando un suspiro de conformidad ¿Qué puede hacerse ya? ¡Pobre Tanaru y lástima de trabajo perdido!

Y quedó unos momentos en un meditativo silencio.

-Ahora -prosiguió más animadamente- el señor Saddler le hará entrega de lo convenido. La noche está próxima y supongo que querrá descansar. Aquí puede alojarse cómodamente. Cenaremos, y mañana puede llegar hasta la factoría inglesa de la isla y solucionar la forma de salirr de ella

puesto que el barco ha quedado inutilizado. ¿Cuál es su destino si no es inconveniente...?

-De ninguna forma -respondió Wall, tranquilizado ante la inminente entrega de los dólares-. Tengo idea de llegar a alguna isla de Melanesia y de allí a Nueva Guinea o Australia... no sé.

-¿No tiene ocupación fija?

-En la actualidad no. Tenía un barco con el que traficaba, pero... lo perdí.

Aquel ligero titubeo no pasó desapercibido para el doctor, cuya mirada se agudizó con un chispazo de interés.

-Muy lamentable -comentó-. Ahora le resultará tal vez difícil reunirse con su familia. ¿Reside en América?

Wall cruzó las piernas con soltura. Miró primero al doctor Kellman y luego a Saddler. El aspecto de aquellos dos hombres no podía ser más inofensivo. Sin embargo, Saddler le habló de un secreto, y la misma forma en que le contrató resultaba algo sospechosa. Tal vez si intentase... Y Wall lo intentó.

-No resido en ningún punto fijo -dijo ligeramente-. Mi patria es el mar y todos aquellos lugares en que haya algo que ganar... de la forma que sea. Me precio de ser práctico.

Espió la reacción que producían sus palabras, pero no descubrió nada. Saddler continuaba silencioso y el doctor Kellman parecía esperar a que continuase.

-Si saben de algún trabajo -prosiguió- por el que estén dispuestos a pagar bien, estoy listo para realizarlo, sea cual sea su índole.

-No sabemos de ninguno, señorr Wall -respondió el doctor, con aire de cierta bondad-. Y usted señor Saddler ¿sabe alguna ocupación que ofrecer a nuestro huésped?

-No; desde luego no sé de ninguna -replicó Saddler vivamente.

-Lo siento. Como verá -explicó el doctor a Wall- aquí estamos casi aislados del mundo, dedicados a nuestros estudios. Cosas de astronomía, ¿comprende? ¿Siente interés por esa ciencia, señor Wall? Es atrayente y... obsesionante.

-Claro que sí -asintió Wall-. En más de una ocasión las estrellas han sido mi única orientación. Figúrese si me interesa.

-Sí, claro; eso es muy natural. Pero me refería al terreno científico. A esos mundos desconocidos que giran en el espacio; a esas miríadas de soles, de planetas, de asteroides... Algunos, tal vez poblados; otros, girando por espacio de siglos sin rastros de vida en sus superficies muertas...

El doctor hablaba con voz profética. Evidentemente habíase dejado llevar por su entusiasmo. Saddler le contemplaba con gesto de admiración, pero Wall, a quien tenían sin cuidado aquellas miríadas de mundos a que hacía referencia el doctor, atajó a éste:

-De eso no sé nada. En realidad, nunca me ha interesado. Creo, además, que se especula demasiado con eso de otros mundos habitados. No conocemos esta pequeña bola que habitamos y queremos saber lo que hay por allá...

-Existen cosas portentosas -afirmó el doctor.

-No lo dudo. Pero nunca lo será tanto como un buen negocio a la vista, de fácil ejecución y que deje pingües beneficios -finalizó Wall, aceptando el cigarrillo que le ofrecía Saddler.

-Puede que lleve razón -admitió el, doctor, sin convicción. Tras un segundo, preguntó suavemente:

-¿No le mueve otro afán que el dinero, señor Wall?

Éste lanzó una breve carcajada, al replicar:

-¿Es que conoce otro motor mejor? Sepa, doctor, que no soy científico ni conozco nada de esos mundos de que me habla; pero si existiera la más leve probabilidad de hacerlo, y alguien estuviese dispuesto a pagarlo bien, yo, Martín Wall, sería capaz de llegar a ellos o de descender al fondo del Pacífico. Siempre, como es natural, que el precio fuera decente.

Y lanzando una bocanada de humo. Wall rió de buena gana su ocurrencia esperando que los otros le imitasen. Mas, al mirar sus rostros, los vio súbitamente serios. Y sus miradas fijas en él insistentemente, produjeron en Wall una molesta sensación inexplicable.

Porque aquellas palabras frías e inexpresivas miradas trajeron a su imaginación el recuerdo de una pareja de buharros acechando a su víctima.

Al fin, habló el doctor Kellman, arrastrando las palabras.

Usted vio al animal ave fue arrebatado por las olas, señorr Wall? -preguntó.

-Con dificultad. Sólo nos alumbraban los relámpagos.

-Era un orangután. Sólo que se hallaba operado convenientemente por el señorr Saddlerr para llegarr a uno de esos mundos.

Saddler experimentó un estremecimiento al oírlo, y su rostro se cubrió con una máscara de palidez.

-Pues no ofrecía una figura atrayente -comentó Wall jocosamente-. Casi me aterrorizó. De pronto dio un respingo.

-¡Oiga! -exclamó- ¿Ha dicho que fue operado para llegar a otro mundo? ¿Fue eso lo que dijo?

-Exactamente -afirmó el doctor con aplomo-. Se asombraría usted, señorr Wall, al verr cuán sencilla es la operación. Totalmente practicable, sin peligro, en cualquier animal… o persona…

-¡Un momento, doctor...! -intervino Saddler interrumpiéndole, con vivas muestras de ansiedad.

-¡Cállese, Saddlerr! -saltó el doctor, con voz dura y autoritaria-. Estoy intentando evitarr el trastorno que nos ha ocasionado su torpeza.

Fue la primera censura que Wall oyó en labios del doctor. Observó curiosamente a ambos y llegó a la íntima convicción de que se encontraba en presencia de dos lunáticos. Y ello, lejos de preocuparle, divirtióle extraordinariamente.

-Dispense, señorr Wall -dijo el doctor, una vez serenado-. Voy a ordenar que nos sirvan la cena aquí mismo, y durante ella le explicaré algo que tal vez le interese.

Púsose en pie y abandonó la estancia.

Saddler parecía estar hundido en el sillón, con aire de hombre abrumado. El temblor de sus manos pareció haberse incrementado.

CAPÍTULO IV

Propuesta inesperada

Bien, señorr Wall -dijo el profesor Kellman una vez dieron fin a la cena servida en la misma habitación por el maorí mudo-, creo llegado el momento de llegarr a una conclusión concreta.

Wall se arrellanó cómodamente y aspiró con fruición el humo del cigarrillo que le había facilitado Saddler, que también fumaba en silencio.

La cena, compuesta de legumbres y productos en conserva, le había puesto de buen humor, y ahora apenas pensaba en las fatigas pasadas ni en que la embarcación quedó prácticamente inutilizable.

Expulsó lentamente el humo y preguntó:

-¿Cuál es su propuesta, profesor? -y esperó, divertido interiormente, a que el otro hablara.

-Creo haberr entendido -expuso Kellman- que no tiene familia, ocupación, ni nada parecido, ¿no es eso?

Ante el asentimiento de Wall, prosiguió:

-Y he entendido también que, siendo bien pagado, estaría dispuesto a prestarse para cualquierr asunto. Pues bien, he aquí mi propuesta.

Saddler parpadeó nerviosamente y clavó la mi| rada en el rostro del impasible Wall. Era impotente para refrenar su intensa excitación, que denunciaban sus manos, pese a los esfuerzos que realizaba para dominar el temblor.

El doctor continuó, dirigiéndose a Wall:

-Usted está interesado en realizarr un negocio que le proporcione rápida y saneada ganancia. Y nosotros estamos interesados en efectuar una experiencia científica, en la preparación de la cual hemos consumido energías durante varios años. Todo está a punto y es el momento más oportuno. Hemos intentado hacerla con animales, obteniendo esperanzadores resultados; últimamente íbamos a efectuarla con el animal que cayó al marr. El señorr Saddlerr es un médico cuyo nombre fue muy conocido en un tiempo -al decir lo cual, Kellman miró hacia Saddler y esbozó una imperceptible sonrisa irónica- y realizó satisfactoriamente las operaciones necesarias. Pero, ya vio cómo falló todo.

Se tomó una pequeña pausa mientras observaba a Wall, que, permanecía inmutablemente tranquilo. Tras la cual, continuó:

-No hubiera sido definitivo de todas formas. Porque nos faltaba para el éxito completo algo que no es posible conseguir y que sólo posee un ser: alma e inteligencia. Usted es hombre práctico y decidido, señorr Wall, según dijo. ¿Qué cantidad fijaría usted porr prestarr -recalcó la palabra- totalmente sus facultades durante unas semanas?

Wall no comprendió en todo su alcance la pregunta del doctor. Tras la abundante cena, se hallaba en ese estado especial en que el cerebro trabaja con más lentitud. Por otra parte, no había prestado excesiva atención al preámbulo del doctor antes de que formulara la pregunta.

Él era práctico, ya lo había dicho, y le molestaba la retórica de aquel sesudo hombre de ciencia. Ir directamente al asunto era su lema. Y en aquella ocasión no iba a dejar de seguirlo.

-Entendámonos -habló resueltamente-, ¿qué es lo que desea de mí?

-Que indique la cantidad que estime suficiente para prestarse a que el señorr Saddler le practique una sencilla operación quirúrgica.

-¿Una operación? -preguntó Wall, alarmado de improviso-. ¡Diablo! ¿Qué clase de operación?

-Será mejor que la vea usted mismo. ¿Quiere seguirme? -solicitó el doctor Kellman, levantándose.

* * *

El lugar a que fue guiado Wall no ofrecía ninguna especial particularidad. Tratábase de otra habitación dedicada a laboratorio, en la que podían verse matraces, probetas, mecheros y algunos otros utensilios que Wall desconocía. A mediana altura, un gran tubo de cristal grueso, abombado en el centro, y de cuyos extremos salían enroscados alambres que iban hasta un dispositivo cuadrangular, estaba sostenido en la pared por soportes metálicos.

Junto a una de las paredes aparecía una larga mesa con instrumentos de medición y e con un receptor de radio en cuya parte superior apoya base una pantalla ligeramente verdosa; próximo a la mesa, un receptáculo de madera, cubierto por tela metálica, contenía algunos pequeños anímales, alojados cada uno en un departamento.

El doctor Kellman presionó un resorte y la estancia quedó iluminada con una fuerte luz.

-Gracias a un cable tendido desde la factoría de la explotación de fosfato podemos contarr con luz eléctrica -murmuró.

Seguidamente inclinóse ante la jaula y abrió uno de sus compartimientos.

-Acérquese, señorr Wall -dijo.

Wall lo hizo, junto con Saddler que les había seguido.

El doctor Kellman sostenía sobre la mesa a un cobaya o pequeño conejillo de Indias, el cual presentaba en la cabeza las mismas protuberancias metálicas de forma cilíndrica que Wall vislumbrara en el animal arrebatado por las olas, aunque de menor tamaño que las de éste.

-Este animal -explicó el doctor ha sido preparado para que podamos percibir sólo sus reflejos instintivos.

Mientras hablaba había inyectado al animal un líquido opalescente con una pequeña jeringa: El efecto fue instantáneo. El cobaya quedó inmovilizado, tendido de costado sobre la mesa.

A continuación, el doctor introdujo en cada una de las protuberancias metálicas unas finas agujas, conectadas con alambres, y lo que Wall supuso receptor de radio. De uno de los cajones de la mesa extrajo un rollo de papel, que, al ser desenrollado, resultó ser un detallado planisferio de la bóveda celeste.

-Para ser breve -aclaró el doctor-, haré una rápida demostración. Como sabe, cada uno de estos mundos se halla a una considerable distancia de la Tierra -resbaló su índice por los blancos puntos que indicaban las constelaciones-. Sin embargo, he conseguido que los reflejos instintivos de cualquier animal puedan ser trasladados a ellos. Es largo de explicarr y tal vez le cansaría. Basta saberr que utilizo para ello una onda de la energía solar, totalmente desconocida porr los científicos, pero que me ha cabido la suerte de conseguirr aislarr y condensarr.

Wall escuchaba escéptico al doctor. Su primera impresión se confirmaba. Loco de remate El doctor Kellman estaba mucho más loco que cualquier derviche indio.

-Sólo vamos a trasladarr estos reflejos a la Luna -afirmó el doctor, como quien desarrolla una lección archisabida-, que es el más cercano. Su distancia de la Tierra es de unos trescientos ochenta y cinco mil kilómetros, pero en pocos segundos será salvada. Observe a ese animal, señorr Wall, y podrá comprobarr sus reacciones al hallarse en nuestro satélite. Sus reflejos serán lanzados mezclados con la onda de energía condensada, la cual, al serr

liberada, sincronizará inmediatamente con las que el Sol emite continuamente, trasladando los reflejos a su misma velocidad a través del espacio.

¡Verdaderamente cómico! Aquel pobre doctor pretendía conseguir que un inocente conejillo de Indias pudiera hallarse en la Luna sin salir de aquella habitación. ¡Era para reír a carcajadas!

Pero, cuando esperando hallar en Saddler la confirmación de sus sospechas, volvió e rostro hacia él iniciando una compasiva e irónica risa, admiróse de ver a éste muy pálido, apoyando la mano en una pequeña palanca, al tiempo que decía:

-Dispuesto, doctor.

A una breve señal de éste, bajó la palanca, y la estancia pareció incendiarse, durante unas fracciones de segundo, con un fugaz y vivísimo resplandor azul, que brotó del tubo de cristal. Instantes después, la pantalla se iluminó y comenzó a reflejar una serie continuada de finas ondas luminosas que se entrecruzaban velozmente.

El doctor parecía ver con facilidad en aquellos fantásticos entrecruzamientos.

-Mire -indicaba, como si Wall pudiese comprenderlo-; los rápidos movimientos que reflejan los músculos del cuello, demuestran que busca sin hallarr algún refugio. Se halla en una gran llanura estéril. Ahora inicia contracciones nerviosas con las extremidades traseras... empezando a correrr... Olfatea el suelo... Es árido, con agudas aristas que le obligan a caminarr difícilmente... Intenta descenderr...

-Ya está bien, doctor -le interrumpió Wall, que empezaba a sentirse aburrido-; no comprendo nada y es mejor que suspenda esta.... experiencia.

La última palabra no fue exactamente la que pensó Wall.

Cuando el doctor dejó al cobayo en su alojamiento y le vio dar señales de vida tras otra inyección que le administró, volvióse lentamente hacia Wall.

-No he pretendido otra cosa -le dijo- que demostrarle cuán sencilla es la operación que le propongo. ¿Qué cantidad estima necesaria? Únicamente por prestarse a que el señorr Saddlerr coloque bajo su cuero cabelludo los dispositivos receptores de sensibilidad y reflejos nerviosos.

Quedó mirando atentamente el rostro del asombrado Wall.

-Puedo controlar perfectamente -añadió- la energía solar aislada que trasladará su imagen, sus reflejos e incluso, ¡oiga bien, señorr, Wall!, incluso

hará aparecerr la imagen en un «perfecto relieve con solidez material», en el lugar y a la distancia que se desee, por lejano que parezca. ¡La tan buscada cuarta dimensión está en mis manos! ¿Qué dice a ello?

-No me interesa, doctor. Hay pocas cosas que aprecie, pero una de esas pocas es mi pellejo Y por nada del mundo lo dejaría en manos de quien quisiera estropeármelo.

-Sin embargo, expuso la vida por cinco mil dólares.

-Eso es diferente. Fui contratado para un trabajo.

-Este es mucho más fácil e inofensivo. Tan sólo su imagen, fíjese bien, señor Wall -el doctor hablaba excitadamente-, sólo su imagen sería trasladada. Y en cambio, usted vería y podría luego explicar las maravillas desconocidas que contemplara. Esta experiencia, en un ser humano, es la máxima meta de mi vida. Y estoy dispuesto a pagar espléndidamente...

Wall denegaba lenta pero firmemente con la cabeza, mientras el doctor exponía la idea. Ante la continuada negativa, el doctor terminó:

-O a realizarla por cualquierr medio.

Inesperadamente, Wall presintió que se hallaba en peligro. Fue su instinto de hombre de presa, avezado a las durezas del tráfico de drogas prohibidas, el que le avisó. También le ayudó algo en aquel presentimiento el siniestro reflejo que descubrió en los ojos del doctor Kellman. Pero, lo que confirmó plenamente sus temores, fue el lívido rostro de Saddler mientras le encañonaba con una pistola que empuñaba.

Su cerebro trabajó vertiginosamente. Aquellos locos estaban dispuestos a conseguir su colaboración sin detenerse ante nada.

En la estancia reinó un silencio que pareció solidificarse. La voz del doctor Kellman resonó de improviso como un fustazo:

-Ya no puede elegir -dijo.

Wall calculó con la rapidez del rayo la distancia que le separaba de la puerta que se hallaba a sus espaldas. De un fulminante y violento puntapié lanzó un taburete en dirección a Saddler, que se hallaba más cercano. Aprovechando aquel momento de sorpresa, en dos rápidas zancadas llegó hasta la puerta y la abrió.

En el dintel, adoptando una actitud vigilante y amenazadora, estaba el maorí mudo, cubriendo la salida con su hercúleo cuerpo. En la mano derecha empuñaba una corta cachiporra de caucho.

Al iniciar Wall la acometida contra él, ordenó la seca voz del doctor Kellman:

-¡Deténlo, Haorú!

Wall recibió un potente golpe en el cuello que le cortó la respiración haciéndole tambalear. Trató de lanzarse en una embestida contra su agresor y recibió otro, esta vez en la nuca.

Mientras caía con la vista cubierta por un velo sangriento, aún tuvo un segundo de lucidez, antes de perder el conocimiento, para saber que le habían ganado la partida.

* * *

El cuerpo inerte de Wall estaba tendido sobre una mesa en el nuevo lugar a que fue trasladado.

Saddler, cubierto con una bata blanca y las manos enfundadas en guantes de goma, parecía preparado para operar. Sobre su nariz cabalgaban unos nuevos lentes, y su aspecto, en general, demostraba hallarse más tranquilizado. Daba la exacta impresión del cirujano dispuesto a practicar una operación quirúrgica en un bien dotado quirófano.

Junto a él, presenciando los preparativos, encontrábase el doctor Kellman.

-Preste especial atención al colocarr el vibradorr de célula foto-plástica en el nervio óptico. Ello dará perfección a la imagen -recomendó.

-Es muy arriesgado, doctor -objetó Saddler, ordenando los bisturíes sobre una bandeja.

Nunca se practicó en un ser humano y puede afectar gravemente algún centro cerebral.

-Es tarde para volverse atrás, Saddler. Tiene esta noche y todo el día de mañana. Quiero realizar la experiencia en la próxima noche.

-Pero... -Saddler inició una débil protesta.

-No lo demore. El tiempo apremia y las condiciones son magníficas. ¡Será grandioso, Saddler! Y usted habrá colaborado al más grande avance de la Ciencia.

El doctor Kellman parecía transfigurarse al hablar. Su mirada y el entusiasmo místico reflejado en su rostro, tenían todas las apariencias de estar presenciando algo que sólo su mente concebía.

Cuando el escalpelo, manejado hábilmente por Saddler, practicó la

primera incisión en el previamente rapado cráneo de Wall, el anterior gesto del doctor quedó trocado en otro de intensa alegría, mientras frotábase las manos excitadamente.

Y sus ojos tuvieron destellos de alegría demoníaca.

CAPÍTULO V

Imagen transmitida

Wall avanzó lentamente por aquella inmensa llanura solitaria y estéril. Ni un árbol, ni un arbusto, ni signo alguno de vida vegetal o animal podía descubrirse en el extenso páramo. Solo nieve. Una nieve ligera, de copos algodonosos, cuyo espesor le llegaba hasta más arriba de las rodillas, manteniéndole los pies sepultados en ella. Y lo extraño de aquella nieve consistía en que no era blanca, sino de un suave tono azulado.

Mas, lo verdaderamente extraordinario, no era el desolado terreno, ni el color de la nieve. Era que él, Martín Wall, caminaba por ella cubierto tan solo por un corto pantalón; su torso desnudo no experimentaba sensación de frío en aquel nevado paraje. Aunque, en realidad, tampoco percibían sus sentidos, hasta ahora, ninguna otra sensación. Tan sólo la vista y el oído funcionaban con regularidad.

No podía recordar cómo llegó hasta allí. Su cerebro era incapaz de coordinar ideas. Notábase poseído de una ligereza extraña; de algo parecido a un caminar flotante.

Un pequeño sol lucía muy lejano, empalidecido por una atmósfera superior brumosa que filtraba débiles rayos.

Junto a Wall, la nieve dejó escapar como una vaharada, cuyo humo se disipó instantáneamente, quedando tan solo en la capa helada la forma solidificada de un pequeño cráter. Más adelante, aquel fenómeno se repitió varias veces, hasta que Wall se familiarizó con él y llegó a la conclusión de que caminaba por una zona de nieve hirviente. Pensó en ello de una manera impersonal, sin asombro alguno, como si a él no le afectara en absoluto el fenómeno.

Aquella llanura continuaba en toda la extensión que abarcaba la vista, pero a lo lejos, a la derecha de Wall, veíase un grupo de redondeadas lomas rocosas, de intenso color azul. Hacia allí encaminó los pasos, extrañándose de la facilidad con que podía avanzar. No sabía explicarlo, pero caminaba sin hallar resistencia, pese a ir hundido en la nieve. No hallaba ni la oposición natural de la atmósfera. Era como si todo él fuese humo o algún otro cuerpo gaseoso.

Poco a poco fue familiarizándose con aquel nuevo estado ajeno a él. Conforme iba aproximándose a las rocas, la nieve perdía altura, hasta que

Wall caminó sobre una delgada capa de ella.

Volvióse para mirar el camino recorrido y descubrió, sin admiración, que no quedaba rastro de sus pasos.

Al acercarse a las rocas, un intenso fulgor azul le hirió en la vista, haciéndole parpadear deslumbrado. Volvió a mirar con más cautela, .y entonces, -vio la razón del destello. Aquellas rocas eran de cristal puro, de tono azul, y los rayos del sol eran refractados violentamente.

Palpó la piedra, una vez se acercó. Era lisa, como mármol pulimentado. La eminencia estaba constituida por gran cantidad de bloques transparentes en forma de poliedros, unidos entre sí de la extraña forma que lo hacen algunas especies de moluscos.

Rodeó el bloque de roca cristalizada, intentando descubrir algún rastro de vegetales. Al no hallarlo, miró a lo lejos, procurando' orientarse para proseguir el camino.

De pronto, brotando del horizonte, apareció un disco ígneo de intenso tono dorado, que cruzó la atmósfera a gran velocidad, dejando una luminosa estela en su marcha elíptica.

Wall volvióse para seguir la trayectoria. Antes de que desapareciera de su vista, otro cuerpo similar, de un color verde desvaído, brotó del mismo lugar que el primero; y luego, otro más, con el rosado reflejo del metal al rojo blanco

Hubo un instante en que aquellos tres discos luminosos pudieron admirarse sobre el fondo gris brumoso de la atmósfera superior. El resplandor combinado de sus tres colores alumbró el espacio con luz fantasmagórica.

Con la misma rapidez que aparecieron, fueron a perderse en el confín.

Simultáneamente a la desaparición del último de ellos, Wall percibió a sus espaldas una especie de débil grito gutural, y junto a sus oídos vibró algo que fue a sepultarse en la nieve, algo más lejos.

Giró rápidamente y apenas tuvo tiempo de ver una forma reflejada entre las rocas.

Entonces sintióse penetrado de una sensación nueva; de una sensación que, anulando su anterior indiferencia y su impersonalidad, le impulsaba vehementemente a descubrir «aquello».

No halló rendija ni hueco alguno en el lugar en que creyó ver desaparecer la forma. Siguió investigando hasta llegar a la conclusión de que

las caras poliédricas del cristal le habían jugado la engañosa broma de esos laberintos, constituidos por espejos, en los que resulta tan difícil hallar la salida.

Pero existía un hecho. Algo había cruzado junto a su cabeza, yendo a sepultarse en la nieve.

Consiguió situarse nuevamente en la posición en que se hallaba antes, y calculó exactamente el lugar en que cayó el objeto. Tardó algún tiempo en hallarlo. Era un trozo de cristal, del mismo que la roca, con cierta semejanza a un «boomerang» australiano. Formaba codo de unos cincuenta grados de abertura, y sus extremos, así como el vértice exterior, se hallaban agudamente afilados. Resultaba un arma tosca pero terriblemente eficaz, ya que podía herir de muerte a quien le fuese arrojada.

Sopesando el trozo de cuarzo, Wall probó su dureza golpeándolo fuertemente contra las rocas. No consiguió que saltara ni la menor esquirla; aquello parecía poseer la dureza del diamante.

De nuevo miró hacia el lugar desde el que forzosamente hubieron de dispararle. Examinándole minuciosamente no halló rastro alguno de hendidura, más, cuando iba a continuar su camino desechando la idea de la búsqueda, vio algo que le inmovilizó.

Un pequeño ser, horrible y deforme, mirábale fijamente a los ojos con su única y desconcertante pupila, que le ocupaba casi toda la frente. Era una pupila verdosa, cristalina y abultada, con miles de pequeños reflejos, que le daban semejanza con la cabeza de una libélula gigante.

Aquel ser no parecía mostrar temor alguno ante la presencia de Wall. Éste pudo contemplarlo con todo detalle antes de iniciar ningún movimiento.

La cabeza estaba proporcionada a la estatura, pero en ella no aparecía otro apéndice que una trompa contráctil en el lugar de la boca, la cual movíase rítmicamente de dentro hacia fuera. Un vello espeso y rojizo cubríalo totalmente, y los brazos, desproporcionadamente largos, mostraban en sus leves movimientos la ductilidad de los invertebrados.

Wall detuvo la vista en las cortas piernas, delgadas y velludas, cuyos pies tenían la forma de abanicos membranosos de gran tamaño. Aquellos pies estaban dotados de una estructura especial para caminar con facilidad sobre las blandas capas de nieve.

Al mirar de nuevo aquel rostro, Wall tuvo la impresión de que el

tentáculo móvil que aparecía en él; podría ser alargado en proporciones extraordinarias.

Avanzó cautelosamente unos pasos sin que «aquello» iniciase la huida. Ya lo tenía al alcance de la mano.

Rápidamente alargó el brazo para aprisionarlo, pero notó la sensación de chocar con algo duro. Palpó el lugar y comprobó .que era roca cristalizada. Pero el extraño ser continuaba allí a su alcance.

Y, entonces, un débil y lejano reflejo de admiración conturbó a Wall.

Porque aquel ser -fuese lo que fuese-, estaba defendido por el cuarzo. Es decir, que habitaba y se movía ¡en el corazón de la roca cristalizada!

Inesperadamente, desapareció de su vista.

* * *

No podía Wall calcular el tiempo que llevaba caminando. No sentía deseos de descanso ni de ninguna otra necesidad humana.

El resplandor del lejano sol había desaparecido y vuelto a reaparecer varias veces. Cuando desaparecía, Wall dejaba de percibir sus destellos, pero sin afectarle. El seguía viendo con la misma nitidez todo cuanto le rodeaba, inundado en una claridad azul desconocida.

Los brillantes discos ígneos, de distintos colores, que antes contemplara, habían cruzado muchas veces el espacio, con rápida regularidad. Ello le hizo suponer fuesen satélites de aquel mundo desconocido, alrededor del cual giraban vertiginosamente.

Había dejado atrás la llanura helada con rotas cristalizadas que albergaban a seres vivientes. Aún conservaba en la mano el extraño objeto que le arrojaron. La algodonosa capa de nieve había quedado atrás, y ahora caminaba -más bien, se deslizaba-, por una endurecida pista de hielo.

La niebla baja y espesa le envolvía, pero él podía profundizar la vista a través de ella hasta una regular distancia. A medida que avanzaba, el camino de hielo formaba una aguda pendiente, que, al hacerse más pronunciadamente inclinada, obligo a Wall, instintivamente, a tomar una dirección oblicua.

Ahora descendía por una estrecha cornisa practicada naturalmente en el helado farallón vertical. Al mirar hacia abajo, sólo pudo descubrir densas masas de niebla que impedían la visión de aquella profundidad.

Aceleró cuanto pudo la marcha, y, de pronto, al rodear un peligroso saliente, sus manos asieron una falsa cornisa para franquearlo, y el hielo

cedió, sintiéndose Wall caer en el abismo.

Fue una suave caída; algo así como el descenso suspendido en un paracaídas. Hundióse en la densa niebla y tardó un buen rato en atravesarla. Blandamente, Wall apoyóse en un terreno rocoso, sin sufrir un rasguño ni aun la más leve sacudida.

Miró hacia arriba y vio la niebla a gran altura. Había, pues, atravesado un considerable espacio desde la altura.

Giró la mirada a su alrededor y pudo contemplar el más estupendo y dantesco paisaje que vieran jamás ojos humanos.

Se hallaba en un extenso valle hundido entre montañas, que lo rodeaban por todas partes y que se perdían entre la niebla, sin poder verse sus cumbres. Aquello más bien parecía el profundo cráter de un volcán.

Grandes rocas azules, lisas y redondeadas, como descomunales esponjas mostraban numerosas perforaciones. Daban la impresión de estar constituidas por materias minerales. Otras de menor tamaño se agrupaban junto a las mayores. Todo el espacio visible estaba cubierto de ellas.

Wall se inclinó, examinando la que se hallaba bajo sus pies. Era de pequeño tamaño. Al presionar con el pie, observó Wall que resultaba altamente esponjosa y elástica. Se encontraba en un lugar poblado por monstruosas esponjas de materia desconocida.

Un jugo azul brotó a su presión, pero debía ser fuertemente adhesivo, puesto que no resbaló por la inclinada superficie. Tan pronto cesaba la presión, el líquido volvía a desaparecer como succionado.

El valle presentaba una magnífica visibilidad. El manto brumoso impedía poder contemplar el cielo desde él; pero estaba iluminado por aquella suave luz azulada de procedencia desconocida.

Pisando sobre rocas esponjosas, hallóse en una especie de anfiteatro rodeado por rocas de mayor tamaño. Calculó rápidamente cómo salir de aquel embudo, pero, antes de que pudiese tomar ninguna decisión, sus sentidos fueron sacudidos por un escalofrío.

En cada uno de los innumerables agujeros o cavernas de las rocas, habían aparecido unos seres espeluznantes.

Peludos, endiabladamente peludos y pequeños, aquellos pigmeos lanzaban agudos y cortos gritos guturales con extraña modulación. Al mismo tiempo, una lluvia de pequeños objetos indefinibles comenzaron a caer sobre

Wall, sin que éste notase golpe alguno.

Con agilidad sorprendente, aquellos pequeños seres entraban y salían de las cavernas, descendían por la lisa pared rocosa y volvían a ascender, con los precipitados y rápidos movimientos de las hormigas. Otros, no cesaban de lanzar los pequeños objetos sobre el insensible Wall.

Aquellos pigmeos eran del tamaño aproximado de un pequeño mono. Estaban dotados con dos ojos, proporcionalmente grandes, tan juntos, que sólo los separaba una estrecha franja de piel apenas visible.

Con un veloz movimiento, Wall consiguió coger a mío de ellos por la cintura. Aquella fue la señal para que los restantes desaparecieran como por encanto en el interior de las cavernas.

El hombrecillo movió furiosamente piernas y brazos en un desesperado esfuerzo por desasirse. Wall se lo acercó para contemplarlo más detenidamente.

En la peluda cabeza sólo aparecían los ojos, con múltiples destellos interiores, y un agujero en el lugar de la boca. En el sitio que debía ocupar la nariz, sólo aparecían dos diminutos hoyuelos cubiertos por vello. Manos y piernas terminaban en dos fuertes dedos, provistos de pequeñas ventosas, lo cual les facilitaría el adherirse a las rocas con la facilidad que lo hacían. Y la piel, dura y rugosa, daba la misma sensación, al tacto, que al rozar la corteza de ciertos árboles.

Wall depositó al hombrecillo sobre un lugar cercano, y éste intentó velozmente hundirse en una caverna próxima. Nuevamente aprisionado por Wall, divertido con el juego, forcejeó cuanto pudo, hasta que, vista la inutilidad de sus esfuerzos, emitió un sonido quejumbroso con altibajos tonos y cesó en sus movimientos.

¡Incomprensible mundo! ¡Seres que habitaban en el interior de las rocas! ¡Y ni el menor vestigio de vida vegetal! ¿De qué se alimentarían? ¿En qué ignorado mundo se encontraba? Wall decidió averiguarlo.

Prendiendo al hombrecillo fuertemente por los largos cabellos, pero dejándole libertad de movimientos, volvió a dejarlo sobre el suelo, esperando ver lo que hacía.

El extraño ser pareció darse cuenta de la imposibilidad de huir, y esta vez no intentó penetrar en la caverna. Lentamente, volvióse hacia Wall y comenzó a extenderse en el suelo.

Wall aflojaba la presión siguiendo el movimiento del otro, sin dejar por ello de tenerlo sujeto. Al fin, el hombrecillo quedó completamente tendido boca abajo, con brazos y piernas extendidos, y lanzando una sucesión de cortos sonidos.

A los pocos instantes, Wall percibió un ligero rumor a sus espaldas, y, al volverse, recibió una lluvia de pequeños fragmentos cristalizados que le arrojaron numerosos grupos de aquellos seres, agrupados en la parte alta de una gran roca.

Aunque todos los proyectiles fueron dirigidos a su rostro, Wall no sintióse tocado por ninguno de ellos. Veíalos llegar disparados hacia él, pero no recibía el golpe.

Y entonces comprendió, con una sensación de espanto que le inundó, que era invulnerable. Que aquellos proyectiles llegaban a él y le pasaban a través del cuerpo, sin causarle daño.

Algo parecido debieron comprender los atacantes, puesto que, a gran velocidad, descendieron de la roca en que se hallaban y fueron a situarse rodeando a Wall, en la misma postura que había adoptado, y en la que aún continuaba, el prisionero.

Un clamor ululante se alzó de aquella multitud de pequeños seres humillados, y, a su influjo, de todas las cavernas comenzaron a salir otros seres que fueron a engrosar el grupo.

Wall sintió inundarse su pecho con esa intensa ola de soberbia protectora que debe inundar al hombre adorado como un dios.

CAPÍTULO VI

El pueblo de los geófagos

Wall permaneció algún tiempo en aquel pequeño pueblo de pigmeos, estudiando sus curiosas costumbres.

Los hombrecillos, al principio, evitaban encontrarse con él, pero, viendo que no corrían peligro alguno, continuaron su vida normal.

Estaban organizados por tribus, cada una de las cuales ocupaba una roca distinta de gran tamaño. Todos, empero, aunaban sus esfuerzos para la supervivencia de la comunidad. Uno de ellos había sido erigido en jefe de todos, y cada tribu aportaba los guerreros necesarios para habitar y defender la roca que éste ocupaba.

Gracias a la asombrosa facilidad de Wall para adaptarse a los lenguajes, pudo hacerse entender por signos, y a su vez comprender los gritos con que se comunicaban entre ellos.

Supo entones que le denominaban «Gan-Ka». Algo así como «Poder de la Cumbre», y que lo suponían enviado por alguien, respetuosamente temido, que habitaba en las cumbres a las que jamás osaron ascender.

El jefe, llamado Ngo, fue mostrándole algunos aspectos de su pueblo, siempre guardando a Wall una prudente distancia.

Aquellos seres poseían pupilas de noctámbulos, que les permitían ver en la oscuridad de sus profundas guaridas horadadas en la roca. Estaban desprovistos de lengua, y el orificio en forma de boca serviales, como tolva, para ingerir el menudo grano arenoso que les servía de alimento. Brigadas de ellos dedicábanse a extraerlo del centro de las rocas, arañando en ellas con toscos instrumentos de rocas cristalizadas.

Ngo mostró a Wall los almacenes en que eran guardados y vigilados celosamente los alimentos. Era como una tierra arcillosa, y según el lugar más o menos profundo de la roca en que se depositaba, adquiría color distinto: azul, rojizo o blanco. El alimento lo formaban mezclando tierra de los tres colores.

Aquel era un pueblo primario. De ello se convenció Wall al notar la ausencia absoluta de utensilios. Sólo las esquirlas de cristal, que le indicaron caían de la altura, era cuanto conocían. Y servíanse de ellas para lo único que necesitaban: socavar y luchar.

Trabajo costó a Ngo explicarlo, y a Wall comprenderlo, que todas

aquellas rocas conservaban calor; mejor dicho, que lo absorbían del subsuelo, y de ahí que en el valle no existiese nieve.

Caminando a través de aquellas rocas endotérmicas, Ngo condujo a Wall hasta el pie de la alta pared rocosa que les rodeaba. Un numeroso grupo de guerreros los seguían, equipados con armas hechas de trozos de cristal, y adoptando truculentas precauciones como si hubieran de enfrentarse a un enemigo peligroso y desconocido.

Detuviéronse a la vista de una gran caverna que aparecía en la roca azul. Ngo la señaló a Wall con significativos signos de respeto, acompañados de gritos explicativos. «Fuente de Vida». Aquella caverna era conocida por los hombrecillos con aquel nombre.

Wall fue acercándose a ella, pese a los atemorizados gritos de Ngo y a que los guerreros huyeron en todas direcciones ocultándose entre las rocas.

Llegó hasta la entrada y admiró algo que él calculó no podía ser otra cosa que la auténtica «boca del infierno».

La caverna era profunda, de una profundidad incalculable, y en todo cuanto podía alcanzar la vista veíanse estalactitas y estalagmitas de las más variadas y caprichosas formas. La luz azul que todo lo inundaba, arrancaba destellos iridiscentes de aquellas excrecencias pétreas. Una bruma densa, de color amarillento, inundábala, aunque no salía al exterior o tal vez disipábase instantáneamente en la atmósfera exterior.

Wall volvió junto a Ngo, y éste, cerciorándose antes de que estaban agrupados todos los guerreros, inició la marcha.

Aquella caverna o cráter horizontal debía lanzar esporádicamente un río de hirviente lava, que al solidificarse, daba origen a unas cristalizaciones poliédricas, iguales a las que Wall viera en la cumbre. Debía, también, expeler calor que Wall no sentía, pues los pigmeos adoptaron precauciones al acercarse e hicieron gestos de estar resistiendo un calor insoportable.

A la orilla del profundo río de lava petrificada, hallábanse alineadas, en hilera, pequeñas piedrecillas; otras hileras de mayor tamaño formaban tras ellas, de forma que, a medida que se encontraban más lejanas al río, iban siendo de mayor tamaño, hasta llegar a tener el apropiado para ser manejadas con cierta dificultad por dos pigmeos. Cuanto mayor era su tamaño, mejor podía observarse en ellas su esponjosidad.

Ngo presionó en una de las más grandes e inmediatamente brotó un

jugo azul por sus poros.

-Nacer de ahí -explicó en su extraño idioma.

Y Wall comprendió que aquel pueblo de geófagos germinaba en el interior de las rocas. ¡Rocas vivas! Rocas que iban creciendo al influjo del calor irradiado por la lava, y de las que, llegado cierto tiempo, nacerían nuevos pigmeos. Y la roca seguía creciendo y les servía más adelante de morada. ¡Y en el corazón de aquella materia se producía el alimento para que sobrevivieran!

Acercó Wall la mano a uno de los guerreros, y, a pesar de las prevenciones de éste, palpó suavemente su cuerpo, hundiendo los dedos en el espeso vello que lo cubría. Áspera y rasposa, como la de algunos reptiles, la escamosa piel poseía la dureza y el brillo de la mica.

Señalando el cráter y elevando luego los brazos a la altura, Ngo emitió unos sonidos, que Wall tradujo:

-Fuerza Invisible habita aquí, Gan-Ka.

Quiso Wall acercarse nuevamente al cráter para explorar su entrada, pero Ngo, con muestras de invencible temor, le apremió a marchar.

Varios guerreros iban en cabeza del grupo y otros tantos formaban la retaguardia.

Wall sentíase divertido al ver sus aspavientos y al pensar en la protección que creían poder prestar aquellos ridículos y belicosos seres.

De improviso, los que formaban la retaguardia emitieron un agudo grito de corta duración y especialmente modulado, que sembró la alarma en los demás. Wall encontróse solo antes de que pudiese saber el motivo.

Los pigmeos, con la rapidez de sabandijas, habíanse ocultado entre las rocas, pero Wall supo que continuaban alejándose al oír el roce producido por sus ocultos cuerpos.

No sabiendo la naturaleza del peligro que les hizo ponerse en fuga, Wall corrió hacia una roca tras la que se ocultó. Miró atentamente y no descubrió nada de particular. Transcurrió un corto espacio de tiempo, durante el cual, Wall, continuó acechando, hasta que, no viendo nada extraño, trató de incorporarse.

Sólo entonces fue cuando contempló la extraña procesión, de sorprendentes formas, que descendía por la lisa pared del cráter. Iban de uno en uno, en una larga fila serpenteante. Adheríanse a la roca con los pies en

forma de abanicos y ayudándose con un largo tentáculo o trompa que les salía del rostro. Todos sostenían, enrollando en él sus flexibles brazos, un trozo angular de cristal, igual al que dispararon a Wall.

Este reconoció en ellos iguales características que presentaba el que vio en el interior de la roca cristalizada.

Permaneció oculto hasta ver lo que hacían aquellos seres.

Llegados que hubieron a las rocas, dividiéronse en dos grupos, como realizando unos movimientos previamente estudiados. Mientras unos dedicábanse a escudriñar en las uniones de las rocas, buscando tal vez algún pigmeo rezagado, los otros ocupábanse en introducir sus trompas en las rocas de la orilla, saturadas dé jugo azul, y succionaban con ansia de ellas.

Quedaban inmóviles, ajenos a todo lo que no fuera dejar repleto su cuerpo de aquel jugo. Daban la repugnante impresión de los vampiros bebiendo la sangre de sus víctimas.

Cuando quedaron ahítos, fueron reemplazados por otros, pasando ellos a buscar entre las piedras.

La distancia a que se encontraba Wall de ellos impidió el que fuese descubierto. Su atención se vio desviada de los que succionaban hacia los que se hallaban más alelados.

Lanzaban cortos y continuados gritos, y se agrupaban con la celeridad de las hormigas cuando descubren un insecto muerto. Fueron arrastrando su presa hasta un lugar que Wall podía ver.

Los que se hallaban ocupados en las jugosas rocas, dejaron éstas como a su pesar y corrieron a unirse al grupo.

Wall oyó un horrible grito de agonía salido de la garganta de un pigmeo.

El que parecía ser el jefe de aquellos vampiros, indicó con un rápido movimiento que se apartaran todos, yen el centro del grupo apareció uno de los guerreros que antes acompañaran a Wall. Habíase ocultado, creyendo pasar desapercibido, pero fue descubierto.

Cuatro de aquellos seres le retenían tendido en la roca, sujetándole 'brazos y piernas. Al acercarse el jefe y, sin inclinarse, extender la trompa hasta aproximarla al rostro del prisionero, éste lanzó un aullido escalofriante.

-¿Hay más guerreros? -oyó Wall preguntar a aquella horrible trompa, en el idioma de los pigmeos.

El interpelado forcejeó violentamente, emitiendo los dos breves sonidos que indicaban negación.

Entonces, el jefe dirigió su tentáculo al lugar del pecho del pigmeo, y, separando los vellos con reptilescos movimientos, lo introdujo allí.

Un nuevo aullido lanzó la víctima, y ello impulsó a Wall a intervenir en su defensa.

Alzando su gigantesca estatura y haciéndose visible, se lanzó en tromba hacia ellos. Sin muestras de temor ni asombro, aquellos lo recibieron hostilmente.

Una lluvia de armas de cristal, que manejaban con soltura y fuerza, volaron en busca del rostro y cuerpo de Wall. Penetraron a través de él y fueron a caer más allá, sin causarle ningún daño.

Unos cuantos furiosos puntapiés bien dirigidos, diseminaron el grupo, dejando inutilizados a unos y lanzando a otros a gran distancia por los aires.

Los restantes intentaron huir, llegando algunos incluso a trepar por la roca vertical. Wall los persiguió con saña e inexorablemente, aniquilándolos a golpes de puños que los despanzurraban y mutilaban horriblemente.

Cogiendo al último que huía y arrojándolo con furia contra la roca, en la que dejó al estrellarse una repugnante y pegajosa mancha azul, Wall dio por terminada su intervención.

Inclinóse para recoger el inanimado cuerpo del pigmeo, y, cuando le tuvo en alto, dióse cuenta de que ya no vivía. El rostro y las pupilas habían perdido lo que antes los animaba, y ahora sólo sostenía Wall en las manos un cuerpo rígido, grisáceo y endurecido parecido a un tronco de madera cubierto de vellos.

Depositó el cuerno del hombrecillo en el suelo, no sin antes haber examinado buscando la herida que le produjo la muerte, no pudiendo hallar la causa.

A los anteriores gritos y aullidos había sucedido un silencio opresor. Wall giró la vista en todos sentidos v no halló rastro de vida, pero él sabía que todo en el valle alentaba. En aquel paisaje de masas pétreas existía vida hasta en el interior de las rocas inmóviles.

Insensiblemente se halló frente a la entrada de la gran gruta. Como un autómata se detuvo e intentó profundizar con la vista en el largo túnel.

Adelantó unos pasos, evitando las agudas estalagmitas, admirando los

polícromos reflejos que despedían. Oyó un ronco y lejano estruendo, como el de un trueno que resonara a gran distancia.

Antes de que pudiera prevenirlo, un río de hirviente lava brotó de las profundidades cubriendo todo el hueco de la caverna, y Wall, cogido fuertemente a una de las salientes concreciones pétreas, sintióse envuelto por aquella masa incandescente.

CAPÍTULO VII

La entrada a la «Fuente de la Vida»

Al recibir aquella ola candente, Wall notó como si su cuerpo quisiera distenderse infinitamente hasta la completa disolución. La vista y el oído sufrieron el choque de rápidas y minúsculas ráfagas luminosas y sonoras, que destrozaron, barrieron, terminaron con toda imagen y todo sonido.

Después una vez pasado aquel terrible instante las diseminadas partículas en que fue pulverizado fueron nuevamente tomando cohesión. Los sonidos llegaron vagos, desconocidos, con la misma sensación a la inversa que produce en el oído el golpe de un gong. La vista, como intentando ser el centro de millares de círculos luminosos dispersos fue centrándolos, agrupándolos; primero, temblorosa y débilmente; con más nitidez después. Hasta que, finalmente, Wall se encontró tras la masa ígnea que buscaba la salida por la boca del cráter.

Una sensación de anchura, de voluminosidad, le invadió a continuación. Ninguna otra sensación. Ni quemaduras, ni dolor, ni aún tan siquiera el calor en que forzosamente debía estar inundado el túnel. Allí quedaba él, Martín Wall, invulnerable al fuego, adentrándose en el profundo cráter que los pigmeos conocían por «Fuente de la Vida».

Caminó, caminó largo trecho por aquel camino de infierno. Iba volviendo a su normalidad. El cráter era rectilíneo, sin poderse vislumbrar su fin. Mas, inesperadamente, en la pared de la derecha abríase otra caverna, como una bifurcación. La lava del camino recto bahía inundado parte de su entrada. Ahora Wall se dio cuenta de aun había caminado sobre un lecho de lava incandescente.

El camino de la nueva caverna elevábase en una pronunciada pendiente. Wall titubeó. Pero, decididamente, optó por seguir aquel segundo túnel.

Este iba adquiriendo inclinación hasta quedar casi vertical. Wall, ayudándose con pies y manos, ascendió trabajosamente en dirección a un alto punto luminoso que se distinguía vagamente en la altura.

Al llegar próximo a él y quedar apoyado en una estrecha cornisa de la roca, comprobó que se trataba de un gigantesco bloque de cristal transparente, formado por millares de figuras poliédricas agrupadas, cuyas lisas caras reflejaban el resplandor azulado que debía hallarse tras ellas.

Miró hacia abajo y su mirada se perdió en la profunda sima. No estaba dispuesto a retroceder, y comenzó a buscar alguna grieta o rendija por donde pasar al otro lado. Dio vuelta en círculo a aquel obstáculo, asiéndose a los salientes rocosos, pero encontró que el bloque estaba totalmente incrustado en la piedra. Era una barrera infranqueable.

Pero, ¿y aquella luz del otro lado? ¿Cuál sería su procedencia? ¿Cómo llegar hasta ella?

Súbitamente, la luz azulada se oscureció, y, al mirar Wall hacia el bloque de cristal, por saber la causa que motivaba el oscurecimiento, vióse mirado por miles de rostros que asomaban tras las caras de los poliedros de cristal.

¡Cielos! ¡Rostros humanos! ¡Eran rostros humanos los que le contemplaban! Wall creyó ser presa de un sueño.

¡Sí! ¡Seres humanos! Aquellas cabezas tenían cabellos bocas, ojos..., unos ojos que estaban fijos en él, reflejando una admiración rayana en el pasmo.

Wall movió los brazos en una serie de signos capaces de ser comprendidos hasta por el más estúpido de los «coolíes».

Mirando con más atención, descubrió que aquellos rostros eran idénticos entre sí y que efectuaban movimientos similares. Tratábase de un solo rostro multiplicado miles de veces en las numerosas caras del cristal.

El rostro desapareció simultáneamente en todas ellas y, al momento, uno de los poliedros movióse lentamente dejando al descubierto un hueco. Un pequeño hueco capaz sólo para dejar paso a un pigmeo.

Antes de que Wall pudiese tomar ninguna decisión, brotó por el agujero un blanco y potente chorro de un cuerpo gaseoso, que inundó el túnel. Disipado rápidamente, dejó las paredes cubiertas por una gruesa y blanca escarcha.

¡Nieve carbónica! Aquel hombre había lanzado un chorro de nieve carbónica para refrigerar el túnel, que ahora debía contener una helada atmósfera.

Sin esperar un segundo. Wall se lanzó al vacío en un ágil salto, intentando agarrarse al interior del agujero.

El volumen de su cuerpo hubiese necesitado una abertura cuatro veces mayor para poder pasar; mas, sin darse cuenta, Wall se halló pisando

sólidamente al otro lado del cristal.

*   *   *

La gran cámara en que se encontraba ahora hubiera causado la perplejidad de cualquier aficionado a la geognosia. Toda ella no era otra cosa que un simétrico y amplio socavón en la roca pura. Los ciclópeos constructores habían pulimentado las paredes, que mostraban a la perfección las variadas canas de materias pétreas, desconocidas para un terrícola, de que estaban compuestas y que, con su gama multicolor, semejaban planchas de los más raros y costosos mármoles.

Columnas de la misma roca, talladas por manos maestras, sostenían el ábside que formaba el techo.

En el centro de la estancia, una rotonda de cristal pulido, cara posterior sin duda del bloque cristalizado, a la que se hallaba conectado un ancho tubo de metal azul brillante. Y junto a él, con una mano apoyada en un resorte semicircular, Wall vio al hombre cuyo rostro descubriera tras el cristal.

Con un cierto sobresalto, Wall lo examinó con atención. Era un ser humano normal, más bien de baja estatura y con marcados rasgos de la raza malaya. Su porte no dejaba de tener cierta majestad, y la viveza de su mirada denotaba al individuo inteligente. Una larga túnica blanca, de tejido parecido al raso y sujeta a la cintura por una estrecha faja metálica, cubría su cuerpo.

Permanecía inmóvil, observando a Wall sin poder ocultar su asombro. La mano libre apoyábase en un receptáculo con forma de gran jeringa que colgaba de su cinturón como previniéndose de un posible peligro.

Viendo la inmovilidad de Wall, lanzó una corta serie de monosilábicas palabras que Wall no entendió, aunque le halló un cierto parecido con el idioma de los pigmeos, enriquecido por la utilización de sílabas linguales.

Valiéndose del alfabeto de signos de los pigmeos, hizo saber al otro que no entendió una palabra de lo que hubiese dicho.

-¿Quién eres? -preguntó el hombre, de la misma mímica manera.

-Un ser de otro mundo -respondió Wall. Un gesto de asombro de su interlocutor de signos, y a continuación:

-¿Eres de la superficie? -preguntóle, recelosamente.

-No entiendo tu pregunta.

Siguió un dubitativo silencio, tras el cual, el hombre de la túnica se

acercó a Wall e intentó cogerle de un brazo, mientras le indicaba:

-Sígueme.

Pero, inesperadamente, dio un salto que le alejó varios pasos de Wall. Porque al intentar salir el brazo de éste, su mano hablase debatido inútilmente en el aire, sin hallar materia alguna de resistencia.

Con los ojos desmesuradamente abiertos volvió a repetir la señal para que Wall le siguiera, no iniciando la marcha hasta que vio a éste moverse para obedecerle.

Aun así, no le perdió de vista mientras presionaba un resorte que, haciendo girar un triángulo de roca, dejó libre la entrada a un túnel socavado en la lisa pared pulimentada.

Por él, y seguido con cierta prevención por Wall, avanzó el extraño habitante del interior del cráter.

Como un alucinante fantasma, veíalo Wall caminando a contraluz del ya familiar resplandor azulado, que todo lo inundaba en aquel mundo perdido en el espacio.

CAPÍTULO VIII

El pueblo oculto

Después de recorrer un verdadero dédalo de corredores alumbrados por la luz azul que parecía irradiar de las paredes, desembocó Wall, siguiendo a su guía, en una extensa plaza de techo abovedado, en cuyo alrededor abríanse varios túneles que probablemente conducirían a otros lejanos lugares.

Talladas en las paredes, con la exótica belleza de los templos hindúes, varias portadas mostraban los maravillosos trabajos de ignorados artífices. Amplias escalinatas conducían a sus entradas adornadas con bellas columnatas.

En la plaza hallábanse reunidas otras personas de igual apariencia que la del conductor de Wall. Sus trajes consistían en la holgada y larga túnica ceñida por el cinturón. No existía gran variedad en los colores; sólo blanco y azul. Sin embargo, Wall descubrió dos de ellas de un color amarillo dorado.

El paso de Wall despertó viva curiosidad en los presentes, los clanes fueron acercándose para contemplarle mejor, siguiéndoles en su marcha mientras preguntaban algo al hombre que le acompañaba. Este contestaba con rápidos monosílabos, acelerando el paso en dirección a una de las portadas.

Ascendió rápidamente las escalinatas, seguido por Wall. Todos los demás quedaron respetuosamente detenidos.

Un pavimento de color amarillo brillante, que reverberaba extrañamente con los reflejos azulados que recibía, extendíase en el interior de aquella mansión, en cuyo fondo abríase una puerta de forma triangular.

Algunos hombres aparecían sentados en actitud de profunda meditación.

El hombre que precedía a Wall llegó hasta la puerta y una vez allí, ejecutó una rara maniobra. Volviéndose de espaldas a ella unió sus manos a la altura del pecho en actitud de orar, avanzando seguidamente caminando hacia atrás.

Breves instantes después volvió a salir, haciendo señas a Wall para que le siguiera.

Una larga cortina blanca, recogida graciosamente en su centro, dejaba una separación que daba paso a otro aposento al que daban acceso tres peldaños.

Allí fue recibido Wall por un hombre anciano, de largos cabellos que

le caían sobre sus hombros, y cubierto también por la túnica blanca. Sobre su pecho colgaba un gran disco azul, cuyo centro mostraba dos cortes en forma de T invertida, al que no llegaba su poblada barba.

Con sonidos solemnes y reposados, dijo a Wall en el idioma de los hombres-pigmeos:

-Bienvenido a Gnadia, hombre de superficie.

Wall no supo responder otra cosa que inclinar la cabeza ligeramente.

-Psul te halló en la «Fuente de la Vida»... -inició aquel hombre, como aguardando a que Wall prosiguiera, dando alguna explicación.

Este asintió en silencio. Su estado le impedía emitir sonidos con la garganta. Acompañó tan solo el movimiento con un breve signo de afirmación,

El que le llevó hasta allí pareció sorprendido del mutismo de Wall. Entonces acercándose a él, le indicó abriese la boca. Wall hubo de inclinarse para que aquel hombre examinara su interior.

Después del examen, el hombre llamado Psul habló rápidamente al otro, que dejó traslucir en su rostro el asombro que sentía. Acto seguido, golpeó con un pequeño objeto en el disco suspendido sobre su pecho, y, sin que Wall oyese sonido alguno, a los pocos instantes penetraron en la estancia otros hombres de túnicas blancas.

Wall se vio rodeado por ellos. Le examinaron con los mismos gestos de asombro que hubieran mostrado de hallarse ante un raro animal. Su conversación era captada por Wall con cierta dificultad aunque comprendía su significado, por ser un perfeccionamiento del idioma utilizado por los pigmeos y que él logró dominar.

Los recién llegados cambiaban entre sí frecuentes frases acompañadas por exclamaciones que denotaban su asombro.

Pero, cuando éste subió de punto, fue cuando uno de ellos se atrevió a tocar un brazo de Wall.

Entonces fue un grito de horror, un grito seguido del instintivo movimiento de huir, el que lanzó, al notar que allí no existía materia; que aquel ser que tenía ante los ojos no era otra cosa que un cuerpo gaseoso.

Habló después excitadamente al anciano, el cual, tras oír la explicación, avanzó hacia Wall. Intentó palpar el cuerpo de éste, y, luego, con un rápido movimiento de su brazo de izquierda a derecha, lo pasó a través de

la impalpable cintura.

Entonces, el rostro de aquel hombre pareció transfigurarse. No pudo refrenar su entusiasmo, comenzó a golpear en el disco repetidamente.

Por unas puertas que hasta entonces estuvieron ocultas tras las cortinas colocadas espaciadamente en aquel salón, comenzaron a llegar gran número de personas, todos con túnicas blancas, que fueron situándose en la amplia antesala, caminando de espaldas.

Respondiendo a los inaudibles golpes que el anciano dio en el disco, quedaron todos de frente a él.

Wall notábase observado con extrañeza por aquellos seres. Volvióse a medias para contemplarlos mejor, y entonces oyó la voz del anciano que comenzó a hablar a los llegados.

Prestó la máxima atención a lo que decía y pudo reconstruir medianamente aquel extraño discurso.

-Gnadianos -decía el anciano con voz profética-: Ha sido conseguido algo inesperado por nuestros científicos. Los trabajos iniciados por las anteriores generaciones, han culminado en algo sorprendente. No han sido los gérmenes adaptados para vivir en la helada superficie, alimentándose con el jugo azul. No han sido tampoco los rudimentarios seres denominados «uthos», que germinan espontáneamente en el interior de las rocas esponjosas, incapaces de vivir sin radiaciones calóricas. Ha sido un brote espontáneo de la superficie, ajeno a nuestros trabajos, el que nos ha inundado de esperanzas. Ese ser visible gaseoso e impalpable capaz de sobrevivir sin calor y capaz de atravesar el túnel de la Fuente de la Vida» está aquí -y señalaba a Wall- dotado con órganos iguales...

Wall dejó de oír lo que continuaba. Quedó perplejo v admirado arte la asombrosa aparición que, apartando airosamente la cortina del fondo, avanzó con meando paso hasta quedar situada junto al que hablaba.

Era una deliciosa joven, de hermosa cabellera rojiza suelta por la espalda y cubierta con la amplia túnica ceñida a la cintura que, no obstante su amplitud, dibujaba la curva de sus senos y el esbelto y armonioso cuerpo. El color de su túnica era amarillo dorado, aquel color que Wall viera en tan escaso número entre los que se hallaban en el exterior.

La joven miró hacia el grupo de los asistentes, y su mirada quedó, finalmente, fija en Wall, que la contemplaba con admiración.

Jamás vio éste un conjunto de perfecciones como el que adornaban a la mujer que contemplaba. Un rostro atrayente, exótico, animado por la mirada enigmática y misteriosa de sus pupilas de un azul oscuro.

La joven le miraba insistentemente, y Wall, tras librarse de la estupefacción que le dominaba dirigió hacia ella una galante sonrisa.

El anciano continuaba hablando con la misma entonación, cosa que comenzó a molestar a Wall. Decidió obrar por su cuenta, sin tener en cuenta que se hallaba rodeado por una multitud. Dejándose llevar por aquel arrollador impulso que tantas complicaciones le proporcionó en su vida, avanzó resueltamente hacia la joven, apartando suavemente a algunos de los científicos que le miraban asombrados. Su instinto de hombre de presa le empujó. ¡Ahí era nada encontrar una belleza semejante en aquel mundo de pigmeos y hombres con faldas! ¡No, en sus días, dejaría él de escapar una tan magnífica oportunidad!

El bello rostro de la joven también mostró asombro cuando le vio llegar tan próximo a ella. Al recogerse la ancha túnica dejó al descubierto un bien formado pie calzado con unas originales sandalias de color azul.

Al quedar Wall frente a ella comparó sus estaturas. Aquella hermosa y atrayente cabeza llegábale justamente algo más abajo de los pronunciados músculos pectorales. Era alta aquella muchacha, dada la estatura de los hombres. Con algunas hawaianas trató Wall, en su borrascosa vida, de más menguada talla que la bella mujer que tenía ante la vista.

-¡Hola, preciosa! -quiso decir, sin que ningún sonido brotara de su garganta.

Extendió los brazos y asió a la joven por las manos, sin que ella lo evitase, paralizada por el horror, La atrajo hacia sí, y, ante lo que él tomó por aquiescencia de ella, estampó un beso en los entreabiertos y carnosos labios.

¡Aquello era magnífico! Repitió una y otra vez la golosa caricia sin hallar oposición. Wall sintióse íntimamente satisfecho al comprobar que en toda acción que brotaba en él de adentro hacia afuera podía hacer contacto material con las cosas. En cambio, lo que le llegaba del exterior, no hallaba materialidad en él. No acababa de comprenderlo claramente, pero ocurría así. Es decir, podía palpar, golpear, herir... besar, porque eran impulsos emitidos por su íntimo «yo»; pero si ese contacto llegaba de fuera y era ajeno a la emisión de sus propios reflejos, entonces no hallaba en él otra cosa que una

materia visible pero impalpable. De ahí su invulnerabilidad.

Pensó en todo ello rápidamente. Soltó las manos de la joven y le vio el adorable rostro demudado, lanzándole sus ojos, sin embargo, una larga y embriagadora mirada.

Un rumor que oyó a sus espaldas hizo volverse a Wall. Entonces contempló los rostros amenazadores de un grupo de hombres que le apuntaban con aquellos extraños proyectores que antes colgaban de sus cinturones.

Uno de ellos, más osado o más valeroso, se adelantó hacia él, y, gritando algo así como:

-¡Muere, ser despreciable! -movió rápidamente algo en el objeto que empuñaba.

Tres breves chorros de algo parecido a humo blanco brotaron como rayos del extremo apuntado a Wall. Pasaron a través de éste, yendo a dar a un científico que se hallaba a un lado.

Wall vio quedar rígido al hombre tocado, mientras de los presentes elevábase una exclamación de terror.

El científico giró lentamente sobre sí mismo, cayendo al fin como un tronco. Antes de que lo hiciera, Wall viole el cuerpo atravesado limpiamente por tres enormes agujeros. El herido no lanzó un suspiro, ni de su, cuerpo brotó una gota de sangre. Aquella arma era en verdad temible.

-¡Quieto, Korga! -gritó el anciano que antes hablara.

El aludido bajó el arma con que disparó y quedó mirando a Wall fieramente. Comprendíase que le costaba gran trabajo dominarse, y que sólo la obediencia que debía a quien le ordenó, refrenaba su rabia.

Pero Wall no estaba obligado por ninguna de estas razones. Aquel hombre malencarado intentó matarle, ello era evidente, y aunque no consiguió su propósito. Wall no estaba dispuesto a dejarlo sin castigo. Mucho menos, a soportarle aquella insolente mirada de perdonavidas:

En dos saltos estuvo junto a él. De un zarpazo, lo desarmó, arrojándole el arma al suelo; luego prendiéndolo por la tela de la túnica le propinó una serie de rápidas y sonoras bofetadas, de la misma factura y limpia ejecución que las que repartiera con tanta prodigalidad en sus frecuentes reyertas en los garitos de la Tierra.

La cabeza del hombre movíase como sacudida por un vendaval.

Como final, le lanzó Wall un certero «upper-cut» a la mandíbula, que lanzó, como un trapo mojado, al malparado y belicoso atacante en medio del grupo de pasmados testigos, donde quedó inmóvil en el suelo.

-¡Detente, hombre de superficie! -ordenóle el anciano, para que Wall entendiera, aunque algo tardíamente- ¡Detén tu osadía, hija tan sólo de tu impunidad!

Alzó un brazo como imponiendo silencio a los presentes, y el creciente murmullo cesó como por encanto. El grupo de los que empuñaban las armas cesó en su actitud amenazadora.

-Eres un brote de superficie, espontáneo e independiente de nuestras investigaciones; pero representas una esperanza de salvación para Gnadia. Acompaña a Psul, que fue quien te trajo aquí, y él te hará comprender la horrible acción que has cometido.

Wall se volvió, buscando con la mirada el agradable rostro femenino, pero la joven había desaparecido.

Wall esperó a que Psul se colocara junto a él y le hiciera señas de que le siguiera.

Entonces deseando salir de allí y dejar la compañía de aquellos aburridos personajes, salió de la estancia en seguimiento de su guía en medio del silencio expectante de los allí reunidos.

Antes de cruzar la puerta triangular, lanzó una ojeada al interior del salón.

Allí, en el aposento del fondo en que antes estuviera la joven, se movió levemente una cortina como movida por la mano de alguna persona oculta tras ella y que estuviese observando su salida.

CAPÍTULO IX

La imagen habla

Wall dejó el punzón sobre la losa pulimentada que hacía las veces de mesa. Psul, junto a él, aprobó con un gruñido de satisfacción los adelantos de su alumno en el arte de representar por signos el lenguaje gnadiano.

Desde el lejano momento en que ambos abandonaron el salón en que Wall fuera recibido por el anciano, Psul le mostró aquella maravillosa ciudad subterránea situada en las entrañas de las rocas.

Más adelante se dedicó a adiestrar a Wall en el idioma de aquel pueblo escondido. Y Wall, sin entusiasmo al principio pero interesado después, fue adentrándose en el conocimiento de los usos y costumbres.

Ya dominaba perfecta y rápidamente la escritura jeroglífica. Sobre hojas de finísimas planchas de una roca parecida a la pizarra Psul le enseñó la forma de escribir perforando la plancha con un punzón. Luego, formulaba preguntas a Wall, que éste respondía escribiendo en la plancha.

Y ahora, al cabo del tiempo, Wall había dominado completamente la escritura.

Cuando dejó el punzón sobre la losa, había dejado escrito:

-«Deseo preguntarle algo, Psul».

Éste leyó rápidamente y respondió:

-Puedes hacerlo.

-«¿Quién era la joven del salón?» -escribió Wall.

-¡Aj! -la risa de Psul semejó un gargarismo-. No pienses en ella, Gan-Ka. Es «tajark».

Psul había sabido por Wall que los hombres-pigmeos le habían denominado «Gan-Ka».

-«¿Y qué es «tajark»?» -volvió a escribir Wall, y agregó, escribiendo rápidamente- «¿Cuál es su nombre?».

-Su nombre es Danit. En cuanto a lo otro...

* * *

Si Wall hubiese podido contemplar en aquel momento al doctor Kellman en la isla de Nauru, situada quién sabe a cuantos millones de millas de distancia de donde él sostenía aquella extraña conversación, le hubiera visto sobreexcitado en grado sumo.

Pulsaba resortes precipitadamente en la parte inferior de la pantalla

que reflejaba nebulosamente la imagen de Wall. Terminó de hacer unas conexiones y volvióse con el rostro radiante de esperanza hacia Saddler que le contemplaba en silencio.

-¡Lo conseguí, Saddler! -exclamó el doctor Kellman con voz temblorosa- ¡Le haré hablar! La atmósfera similar a la nuestra captará la onda sonora. ¡Hurra! ¡Wir haben triumphiert! -en su entusiasmo hablaba en alemán-. Dentro de cierto tiempo... -conectó una palanca- la imagen transmitida deberá emitirnos sonidos. ¡Qué gran momento, Saddlerr!

* * *

Súbitamente, en Gnadia, Wall quedó crispado en la roca cuadrada en que se hallaba sentado. Una vibración desconocida y electrizante le inundó, como si le recorriera la médula.

Psul notó la crispación y prestó atención a los movimientos de Wall. Éste había quedado rígido, sin movimiento. A continuación, sus ojos parpadearon rápidamente y los dedos se le engarfiaron fuertemente. Los labios comenzaron a moverse con lentitud sin dejar escapar sonido alguno.

De pronto, una voz ronca, lejana, desconocida, retembló en la habitación, haciendo retroceder temerosamente a Psul.

-¡Danit! -había pronunciado aquella voz. Wall iba calmándose lentamente. Moduló nuevamente aquel nombre con distinta entonación. Varias veces más pronunció la misma palabra, como estrenando un sentido nuevo; de igual manera que un ciego, al recuperar la vista la desliza lentamente por todos los objetos, como acariciándolos.

¡Danit! -repitió una vez más, en esta ocasión con voz normal.

Psul le observaba con admiración no exenta de temor. ¡El hombre de superficie hablaba! ¡Y lo hacía en el lenguaje gnadiano que él le enseñó!

Pero Wall, al convencerse de que podía hablar, lanzó a continuación una sarta de frases nada académicas, como queriendo recuperar el tiempo perdido durante su largo mutismo. Aquella vez lo hizo en un lenguaje que Psul no comprendía, y que tal vez hubiese dejado perplejo a algún timorato de la Tierra. Porque Wall hablé en el puro argot de la gente del hampa.

-¡Por mil legiones de diablos! -exclamó-. ¡Puedo mover la «sinhueso»! Es lo único que me faltaba en este cochino mundo de pedruscos para hacerme entender de estos tipejos ridículos. ¡Puedo hablar! ¡¡Hablar!! ¡¡¡Hablar!!!

Y la cámara retumbaba con su potente voz de ente gigantesco, mientras Psul acercábase prudentemente a la salida.

Al estruendo de los gritos, que debieron atronar los túneles de salida, apareció en la puerta otro hombre de más edad que Psul.

-¿Qué ocurre? -preguntó a éste.

-Gan-Ka emite sonidos.

-Tal vez lo hiciera antes... -observó el otro.

-No. Ésta es la primera vez y está excitado por ello. Habla en un lenguaje desconocido. Dirigiéndose a Wall, le preguntó solícitamente:

-¿Puedes hablar, Gan-Ka?

-Puedo hacerlo, Psul -afirmó Wall con voz tranquila, en el lenguaje gnadiano. Acércate. Quiero hablar contigo.

Al marchar el otro hombre, Psul se acercó a Wall. Tomó asiento frente a él y quedó en espera de que éste comenzara.

Todo parecía haber cambiado en Wall. El poder expresarse con palabras prestábale una mayor viveza y personalidad a sus movimientos.

-Escucha, Psul. Quiero que me hables de este mundo. ¿Qué razones tienen sus habitantes para vivir escondidos? Y, sobre todo, ¿quién es Danit?

-Debes olvidarla, Gan-Ka, ya te lo dije. En cuanto a explicarte todo lo que deseas sería interminable. Te conduciré a un lugar en el que hombres dedicados al estudio, podrán explicártelo.

-Pero, tú sí puedes hablarme de Danit... -insistió Wall.

-Lo haré, si es tu deseo. Danit es hija de nuestro «Sar-Ka» o jefe. Es mujer «tajark», reservada sólo para esposa de un «gurk»...

-Todo eso es poco claro para mí, Psul -atajó Wall, impaciente-. No sé lo que significa «tajark», ni «gurk». Si no lo explicas de otra forma no podré entenderlo.

-Es largo de explicar. El científico al que te llevaré lo hará mejor. Yo no soy más que un guardián de túneles de salida. Sígueme.

Caminaron a través de largos corredores a cuyos lados abríanse portadas de alojamientos y bifurcaciones que conducían a otros lugares. Al fin, llegaron a un lugar donde existía una pequeña explanada a cuyo alrededor abríanse otras puertas.

Señalando en círculo, Psul explicó a Wall:

-Nos hallamos en el recinto de la Ciencia.

Cada una de estas puertas conduce a un lugar en el que se estudia distinta rama de la sabiduría. En aquella -indicó hacia una de ellas- podrán darte noticias de lo que deseas.

Precedió a Wall hasta que ambos penetraron en un inmenso salón adornado con infinidad de columnas de variadas formas. Algunos hombres silenciosos parecían deslizarse por el liso y brillante pavimento. La peculiar luz azul lo iluminaba todo.

Llegaron cerca de uno de aquellos hombres, y, entonces, Psul habló:

-Toc; es deseo del Sar-Ka que este hombre de superficie conozca todo cuanto desee referente a nuestro pueblo. Lo dejo a tu custodia.

-¿Y cómo podré custodiarlo? ¿No es un ser impalpable? -preguntó el científico llamado Toc que estuvo presente cuando Wall fue presentado al Sar-Ka.

-Lo es. Pero muestra deseos de conocer detalles de Gnadia y permanecerá junto a ti.

Psul se despidió de Wall, retirándose a continuación. Entonces, Toc se acercó a Wall, preguntándole:

-Bien, ¿qué deseas saber, ser de superficie?

-Puedes llamarme Gan-Ka. Así me nombraban unos pigmeos que habitan en el exterior.

-Los «uthos».

-¿Uthos? Bien, supongo que así serán denominados. -Wall dejó a un lado aquel tema-. Mi deseo, Toc, es saber en qué extraño mundo me hallo. ¿Quiénes sois? ¿Qué razones os obligan a vivir como topos?

-No sé lo que es «topo». Pero intentaré explicarte algo sobre Gnadia.

Comenzó a andar, seguido por Wall. Llegado que hubieron a una especie de recinto en el que se amontonaban planchas pétreas de las que usaban para escribir, indicó a Wall un cuadrado de piedra, invitándole a que tomara asiento.

-Hace mucho tiempo -inició con voz suave, mientras él también se sentaba-; tanto, que su recuerdo se pierde en las lejanas edades, Gnadia fue un mundo con calor propio y con el que recibía de una gran masa ígnea que lo alumbraba. Los gnadianos eran un pueblo fuerte, alegre, feliz. Su superficie mostraba la maravilla de unos seres inmóviles enraizados en el suelo y que suministraban alimentos, emanando también una substancia gaseosa que

purificaba la atmósfera, haciéndola respirable. Eran de un color desconocido actualmente en Gnadia pero se conservan hermosas reproducciones en una materia que nuestros antepasados conocían y que nosotros ignoramos.

Al decir esto Toc se levantó y fue hasta una abertura cuadrangular socavada en la roca de la que extrajo una carpeta hecha con planchas de roca y que contenían algunas hojas en su interior.

Ante los asombrados ojos de Wall, fue mostrándole, una por una, las magníficas reproducciones en color de paisajes con tal exuberancia de verdor y colorido como Wall no recordara haber visto. Árboles de retorcidos y añosos troncos; flores de las más raras formas y colores, aves... y hasta un pequeño arroyuelo que parecía susurrar por entre las rocas.

Toc volvió a guardar aquellos recuerdos.

-Todo está escrito y se conserva -continuó-. Nuestro mundo poseía maravillosos instrumentos, que le permitían escrutar el misterio de los mundos que le rodeaban. Nuestros científicos llegaron a tal grado de conocimientos, que consiguieron llegar hasta otro mundo cercano al nuestro. Entonces, los fieros habitantes de aquel otro mundo, al saber de nuestra existencia, decidieron apoderarse de Gnadia. Primero, intentaron llegar con sus inmensas escuadras aéreas, pero fueron rechazados. Todo el afán de conocimientos de nuestros científicos fue trocado en otro de superar el armamento del enemigo.

El narrador se tomó un descanso antes de continuar. Quedó extático, con la mirada vaga, como si estuviera viendo aquel infernal espectáculo que relataba. Wall permanecía silencioso, totalmente pendiente de las palabras de Toc.

-Algunos científicos -prosiguió éste- dieron la voz de alarma. Pero ya era tarde. Los habitantes del mundo que nos atacaba, lanzaron varios enormes discos que, al ser atraídos por Gnadia, quedaron girando a su alrededor a una considerable distancia. Y aquellos discos sirvieron de plataformas al enemigo pana establecer terribles bases ofensivas. Desencadenaron un pavoroso ataque con armas de largo alcance que proyectaban gamas de ondas y radiaciones destructoras. La vida en la, superficie se hizo imposible. Todo fenecía, dejando extensos espacios desolados y estériles.

Nunca oyera Wall relato más impresionante que el de Toc.

-Sigue -le apremió, ante la pausa de éste.

-Un grupo de científicos -reanudó Toc la narración- organizó secretamente trabajos de perforación en una gran masa rocosa de gran profundidad. Contaron con la colaboración de hombres y mujeres que acudían a engrosar las filas de trabajadores voluntarios. Aquellos hombres tuvieron la visión exacta de lo que ocurriría. Los gnadianos, cegados por la rabia que les causaba los destrozos ocasionados por el enemigo, decidieron emplear un arma terrible que estaba en curso de experimentación y a la que aún no controlaban perfectamente. Y decidieron emplearla en toda su desconocida potencia y energía destructora, lanzándola al espacio.

-¿Consiguieron su propósito? -preguntó Wall con interés.

-Los hombres sensatos -siguió narrando Toc, sin contestar directamente- hicieron lo posible para frenar el intento, pero fueron desbordados. Una rabia insana poseía a los demás. Entonces seleccionaron un número de hombres v mujeres para adentrarlos en la ciudad subterránea socavada en la roca. No fueron muchos porque la ciudad aún era pequeña. En aquel éxodo no se hicieron acompañar de animales ni rastro alguno de vida exterior. Quedaron encerrados, con un escaso número de científicos.

-¿Qué ocurrió después? -animóle Wall a proseguir.

-Ocurrió algo inenarrable. El arma fue empleada, pero causó tan terrible conmoción en nuestro mundo, que éste, en una convulsión espantosa, se resquebrajó en dos pedazos. Aún continuó durante mucho tiempo su ruta por el espacio, unidos sus separados casquetes por misteriosa fuerza. Lentamente fueron separándose, hasta que, al cabo, un último cataclismo lo disgregó en pedazos. Este trozo que habitamos es cuanto queda de lo que fue Gnadia. Y supervivimos gracias a la parte de fuego central que fue aprisionado en el corazón rocoso, al helarse la superficie con una temperatura que no permitía signo alguno de vida. Por deseo expreso de los científicos supervivientes, fueron destruidos los escritos referentes a cualquier adelanto en la Ciencia que destruyó nuestro mundo.

-¿Murieron todos los demás? -interrogó Wall.

-En aquella espantosa catástrofe no quedó vida en la superficie. Más adelante, se presentó otro pavoroso problema. Las grandes cantidades de alimentos desprovistos de substancia líquida y que se almacenaban en depósitos, no serían suficientes para alimentar indefinidamente al grupo de los que sobrevivieron, a menos que se descubrieran otras substancias

alimenticias. Y todo comenzó a escasear. Los científicos trabajaron activamente hasta conseguir una mezcla de minerales purificados capaces de ser asimilados mezclándolos al alimento natural. Fue un tiempo de dura prueba para todos. Los escritos que conservamos relatan horribles actos de canibalismo y otros repugnantes excesos. Pero, los organismos de los nuevos seres que nacían, iban presentando imperceptibles variaciones, hasta que, en la actualidad, los nuestros están dotados para asimilar tan sólo los productos minerales y una especie de musgo grisáceo que se cultiva en lugares que conservan humedad.

-Pero -objetó Wall-, este lugar llegará a ser insuficiente ante el crecimiento de la población.

-¿Insuficiente? -preguntó irónicamente Toc. Pronto sobrará lugar, Gan-Ka. Esta forma de vida subterránea, privada de las radiaciones que nos enviaba otro mundo del exterior, o tal vez debido a la actividad desconocida del gas azul luminoso que todo o tal vez todo lo inunda, como habrás observado, originó una terrible enfermedad que pronto se generalizó.

-Una enfermedad... -balbuceó Wall.

-Terrible e incurable -terminó Toc la frase iniciada por Wall-. La esterilidad. Ella amenaza terminar con la vida en Gnadia. Existen, sin embargo, algunos escasos seres que nacen sin este defecto. Ellos son los señalados para la continuidad de este desgraciado mundo. Están considerados entre nosotros con las máximas atenciones, algo así como seres privilegiados. Son los «gurks» y las «tajarks». Estas últimas se distinguen por vestir túnica amarillo dorada.

Instantáneamente, Wall recordó los dorados destellos de la túnica de Danit. Así pues, ella era una «tajark». Esto aclaraba las enigmáticas palabras de Psul al referirse a ella. Por una rara asociación de ideas, recordó el barbudo rostro del tipo mal encarado que disparó sobre él.

-Y los hombres, ¿qué distintivo llevan?

-Uno natural. Les crece vello en el rostro, como ocurre contigo.

Wall llevóse maquinalmente una mano al rostro y notó la aspereza de una barba crecida de varias semanas.

Como al conjuro de sus pensamientos, resonaron en el pavimento unos pasos al tiempo que un hombre se acercaba a ellos.

Cuando se halló próximo, Wall reconoció en él al mismo a quien



castigara tan duramente después que intentó matarle.

CAPÍTULO X

El mensajero

Aquel hombre lanzó una larga mirada a Wall. No dio muestras en ella de odio ni rencor, pero la dura frialdad que reflejaron sus ojos no auguraba nada bueno para el hombre que le abofeteó en presencia de todos.

Toc había dejado de hablar al aproximarse el recién llegado. Un imperceptible rictus de desprecio asomó a sus labios.

-Te buscaba, Toc -dijo el hombre de la barba-. El Sar-Ka desea que el hombre de superficie pase por un minucioso examen en cuanto a reacciones y estructura. Espera vuestro informe.

-Será obedecido, Korga -prometió Toc.

Wall pensó por un instante interrumpir la conversación. Aquellos hombres hablaban de él como si les perteneciera; decidían examinarlo sin contar para nada con su conformidad. Y él, hasta ahora creía gozar de cierta autonomía como para decidir lo que mejor le conviniera.

No habló, sin embargo, y continuó escuchando atentamente.

-Sobre todo -recomendó Korga, mirando de reojo a Wall- debéis intentar hallar su punto vulnerable. Debe tenerlo. No es posible que se trate de un ser totalmente invencible. Una vez averiguado -sus labios entreabriéronse en una cruel sonrisa-, comuníquenlo.

Aquella sonrisa acabó con la paciencia de Wall, de por sí escasa. Habló, pese a ello, con tranquila entonación:

-Me parece haber ya explicado -hablaba para los dos hombres, pero su mirada estaba fija en Korga- que no pertenezco a Gnadia. Procedo de otro mundo lejano con otras costumbres y otra vida distinta. Entre esas costumbres existe una por la que cada cual es dueño de su propio cuerpo. No permitiré que nadie utilice el mío como campo de experimentación o estudio.

Al oírle hablar, Korga sufrió un sobresalto. Evidentemente no lo esperaba.

-No se trata de ti, hombre de superficie -replicó altaneramente una vez repuesto-. Eso que dices de que procedes de otro mundo no deja de ser más que una suposición, aunque tal vez, de ser cierto, ello explicaría tu despreciable acción para con Danit. Ahora sólo se trata de hallar nuevas probabilidades de vida para los gnadianos...

-Un momento, Korga -interrumpióle Wall-. Has nombrado a una

persona y has mencionado que he cometido con ella una acción despreciable. ¿Quieres explicarte mejor?

-¿Aún no lo sabes? Pues bien; ante la reunión de científicos e incluso en presencia del propio Gan-Ka, padre de Danit, avanzaste hacia ella y la prendiste de las manos.

Wall esperaba cualquier acusación menos aquella. De momento quedó aturdido, más luego reaccionó, sonriendo divertido.

-Bueno, ¿y eso es todo?

Korga no respondió. Sus ojos adquirieron un brillo siniestro. Entonces intervino Toc en la conversación.

-Escucha, Gan-Ka -dijo-; pedir a una mujer por esposa sin consultar a los científicos, está duramente castigado en Gnadia. Pero si la mujer es «tajark», entonces el delito está penado con la muerte.

La sorpresa de Wall iba en aumento. ¿Qué absurda historia estaba contándole Toc? ¿Ni qué relación tenía aquello con lo que estaban hablando? Nuevamente comenzó a bullir en su interior la idea de mandarlo todo al diablo. Intentó refrenarse y lo consiguió a medias.

-¿Quieres decirme -solicitó suavemente qué relación tiene todo lo que me has dicho con la acción reprobable que dice Korga he cometido?

-Te lo diré. La costumbre de pedir a una mujer por esposa, una vez aprobado por los científicos, es cogerla por las manos en presencia de todos. Eso hiciste con Danit. Pero ella es «tajark» y además está destinada a ser esposa de Korga.

Wall volvióse hacia el aludido. Si éste le hubiese conocido en su vida anterior de contrabandista, habríase puesto alerta ante la dulce calma con que se dirigió a él. Porque aquella aparente calma no era otra cosa, en Wall, que el recipiente que contiene aire comprimido a varias atmósferas.

-Conque, ¿era eso, Korga? ¿Fueron los celos, que te cegaron al disparar?

-¿Celos? ¿De un hombre impalpable? -replicó Korga, despreciativamente-. Sólo deseo que llegue a descubrirse tu punto vulnerable. Entonces te mataré por tu osadía.

-¡Maldito vanidoso! -estalló Wall- ¡Sabandija de las rocas! Invulnerable o no, te prometo que la próxima vez que me provoques te enviaré a puntapiés al valle de los pigmeos. En cuanto a Danit, dudo de que

esa linda joven no sienta otra cosa que desprecio ante un tipejo petulante y fatuo como tú.

-¡No menciones el nombre...! -comenzó a gritar Korga, amenazadoramente.

-¡Cálmense! -recomendó Toc con firmeza-. No es momento de discutir. La paz debe reinar en el seno de Gnadia... aunque algunos no la deseen. Y ahora, sígueme, Gan-Ka.

Wall así lo hizo, no sin cruzar una desafiante mirada con el encolerizado Korga, que acariciaba maquinalmente el proyector que pendía de su cinturón.

* * *

Wall fue conducido por Toc a una amplia estancia cuyas paredes mostraban los huecos de numerosas hornacinas, algunas de ellas cerradas por planchas transparentes cristalizadas, colocadas ingeniosamente en la roca para poder ser movidas.

Aquel lugar estaba destinado al estudio de la superficie de Gnadia. Otros dos científicos hallábanse allí y fueron a reunirse con Toc mientras éste mostraba a su acompañante las distintas secciones en que se hallaba dividido aquel departamento.

-Aquí -decía, mostrando a Wall un lugar en que abundaban los bloques poliédricos de cristal de distintos tamaños- se cultivan los gérmenes vivos que luego son encerrados en bloques cristalizados para ser lanzados a la superficie por medio del gas comprimido.

Wall recordó las extrañan explosiones que dejaban señales de cráteres solidificados en la nieve.

-El tentáculo de que están provistos -prosiguió Toc- les permite salir del cristal tan pronto poseen fuerzas para ello. Luego agrupándose, forman colonias o tribus y organizan expediciones a los lugares habitados por los uthos para proveerse del jugo azul que los alimenta.

-¿Y cómo sabéis todo eso, no pudiendo salir a la superficie?

-Podemos salir, convenientemente preparados -fue la sorprendente respuesta.

Varias de aquellas formas geométricas de cristal, de menor a mayor tamaño, aparecían unidas entre sí, formando como una cadena. En cada uno de los poliedros aparecían conectados dos tubos como barras de mineral

ahuecadas.

Toc fue mostrando a Wall cada uno de los cristales, empezando por los de menor tamaño, y acompañándolo de una explicación.

-En el interior de éste -señaló uno- se hallan los embriones de gérmenes cultivados en Gnadia. Wall observó con atención y vio en el interior una masa gris, semejante a una especie de musgo.

-A medida que van desarrollándose -prosiguió Toc-, son trasladados de uno a otro alojamiento los cuales son refrigerados con chorros de humo que se hiela. Cuando adquieren forma definitiva aun son conservados cierto tiempo en una atmósfera helada artificial creada en el interior del alojamiento y con muy escasa diferencia con la del exterior. Pasado este período de prueba son lanzados a las cumbres. Acércate -invitó a Wall, señalando el ultimo bloque de cristal, en cuyo interior podría haberse alojado un hombre normal sentado.

Varios seres de los que habitaban en las heladas cumbres, miraron curiosamente a Wall desde el interior, al acercarse éste para contemplarlos. Sus trompas contráctiles movíanse rítmicamente, dando a su aspecto la grotesca apariencia de fantásticos muñecos animados.

-Estos serán lanzados próximamente -aseguró Toc-. Son el fruto de nuestros desesperados esfuerzos para conseguir que la superficie pueda ser habitada. Todavía es un secreto para nosotros los resultados que puedan conseguirse con la evolución de estos seres.

Wall admiró interiormente la paciencia y el tesón de aquellos hombres pertenecientes a un mundo condenado al exterminio. El no acababa de comprender exactamente lo que pretendían, pero imaginaba que los problemáticos resultados que esperaban obtener, no darían su fruto hasta haber transcurrido cientos o tal vez miles de años. ¿Podrían sobrevivir las sucesivas generaciones de gnadianos para verlo? He aquí un enigma insoluble.

Encaminándose a otro lugar de aquel recinto, Toc continuó explicándole:

-Y ahora, llegamos a los brotes espontáneos: los «uthos». Hace mucho tiempo, nuestros científicos descubrieron que en las proximidades de los cráteres por los que, periódicamente, dejaban escapar gases y materias ígneas acumuladas, evitando con ello se produjeran catástrofes subterráneas, se

producían unas pequeñas rocas esponjosas que aumentaban de tamaño. Investigando el fenómeno, llegóse a conocimiento de que tales rocas albergaban un jugo azul que aumentaba paulatinamente en sus cavidades, hasta hacer germinar en cada una de ellas una manifestación de vida. Aquellos seres desconocidos no sobrevivían al ser lanzados a las cumbres heladas. Eran más cercanos a nosotros que los gérmenes cultivados, pero necesitaban de calor para vivir.

-Los «uthos» viven perfectamente organizados. Lo he podido comprobar -afirmó Wall.

-Lo sabemos. Pero no han sabido evolucionar lo suficiente para evitar los ataques de los seres adaptados, que los diezman. Son rudimentarios.

-Esos seres, convenientemente adiestrados, podrían hacer frente con ventaja a sus enemigos -manifestó Wall, calurosamente.

-Es posible. Pero, ¿qué se habría conseguido? Una raza que iría desapareciendo por el frío. El Sar-Ka está muy interesado en todo esto. Visita frecuentemente estos lugares en compañía de su hija.

Llegaron ante unas hornacinas en cuyo interior estaban alojados algunos hombres-pigmeos. Toc los señaló a Wall.

-Fueron capturados recientemente. Hemos de experimentar en ellos algunos procedimientos. ¡Lástima que todos estos esfuerzos lleguen alguna vez a malograrse por la ambición de algunos...!

-¿Malogrado? ¿Existe alguien que se oponga a ello?

-Son rumores inconcretos. Pero hasta el Sar-Ka ha llegado el rumor de que algunos «gurks» traman algo para desembarazarse de los que no sean «gurks» o «tajarks». En su estúpida soberbia creen que ellos son los llamados solamente a vivir en Gnadia. Existe en nosotros un estado pacífico de alerta, temiendo cualquier intento. Pero hasta ahora no se ha logrado descubrir nada.

-No es de suponer sean tan locos como para intentarlo -comentó Wall-. ¿Qué podrían hacer al quedarse sin científicos?

-También entre los científicos existen «gurks» -terminó Toc.

Quedaron detenidos ante uno de los nichos encristalados. De pronto, al mirar Wall hacia aquel lugar, se le escapó una exclamación:

-¡Ngo!

Porque quien se hallaba allí prisionero no era otro que Ngo, el jefe de los hombres-pigmeos que conociera en el valle.

Ngo pareció reconocerlo y dio muestras de ello iniciando una serie de rápidos movimientos con los brazos. Luego comenzó a recorrer la prisión con rapidez de simio, en todo cuanto permitía la estrechez de la misma.

-¿Te conoce? -indagó Toc.

-Es Ngo, El jefe de los pigmeos del valle de la «Fuente de Vida». ¿Qué harán con él?

-Aún no está determinado.

-¿Cómo podré hablar con él? -interesó Wall.

-Puedes hacerlo. Él te oirá -afirmó Toc, mostrando unos pequeños agujeros en el cristal que cubría el nicho.

Wall acercóse. Aproximando el rostro al cristal, preguntó a Ngo en su idioma.

-¿Me recuerdas, Ngo?

-Gan-Ka -respondió el hombrecillo-. Gan-Ka amigo de Ngo. Estar prisionero «dueños vida».

-No temas. Te ayudaré.

-Sálvame, Gan-Ka. Tener que hablarte de mujer dorada.

-¡Habla! ¿Qué mujer? -apremió Wall, súbitamente interesado.

-Mujer dorada -repitió Ngo-. Dijo sólo hablar de ti.

Wall miró hacia atrás rápidamente. Toc habíase retirado unos pasos y preguntaba algo a otro pigmeo encerrado.

Brevemente, Wall dijo a Ngo:

-Volveré sólo. No hables a nadie.

-¡Sálvame, Gan-Ka! -suplicó Ngo, con la entonación del que teme algún desconocido tormento.

Wall unióse a Toc y ambos salieron de aquel lugar.

CAPÍTULO XI

Danit

En Gnadia no existían las noches tal y como se conciben en la Tierra, Sólo existía el descanso tras la labor realizada.

Los habitantes de aquel mundo subterráneo retirábanse a reposar sin que para ello influyera en nada la luz, por otra parte invariable.

Cuando Toc consideró que había dado a Wall suficientes detalles sobre Gnadia, le invitó a acompañarle a su residencia, donde quedaría éste alojado hasta que los científicos terminaran de experimentar en él las pruebas deseadas por el Sar-Ka.

Los lechos que utilizaban los gnadianos consistían en hornacinas talladas en la roca, con bases curvadas en su interior, y capaces para alojar cómodamente un cuerpo tendido.

Algún tiempo después de hallarse Wall en la que le fue asignada, incorporóse levemente y atisbó a Toc. Este dormía .con un sueño profundo y reposado.

Wall se dejó deslizar al suelo con cautela, encaminándose a la salida. Había intentado retener en la memoria el camino recorrido, y, ahora pensaba recorrerlo a la inversa hasta llegar al lugar en que se hallaba Ngo prisionero.

Realizó con facilidad los movimientos hasta encontrarse en el exterior. Sólo cabía temer el que algún gnadiano retrasado le descubriese por los túneles y diera la voz de alarma.

Caminó rápidamente por las desiertas galerías hasta llegar al recinto de la Ciencia. Ni un guardián, ni vigilantes, halló en su camino a través de las amplias y silenciosas estancias.

Penetró en la que viera a Ngo, y llegó hasta el nicho en que éste estaba encerrado. El hombrecillo le vio llegar, y, nuevamente, comenzó a dar muestras de alegría, agitando los brazos frenéticamente y lanzando cortos y apagados sonidos con la garganta.

-¡Calla de una vez, pequeñajo! -susurróle Wall amistosamente-. Si continúas haciendo ruido seremos descubiertos.

Ngo dejó de lanzar gruñidos pero no cesó en sus movimientos, hasta que Wall, accionando el cristal, dejó libre la entrada. Entonces Ngo dio un ágil salto y quedó en el suelo junto a Wall. Esta vez su rostro no denotaba temor alguno, como cuando acompañaba a Wall en el valle. Su anterior

desconfianza habíase esfumado.

Wall lo cogió por la cintura y lo alzó hasta que sus rostros estuvieron a la misma altura.

-¿Qué te dijo la mujer dorada? -le preguntó impaciente.

-Querer verte. Ser hija jefe. Decir a Ngo que si conocer hombre de superficie. Ngo afirmar conocer a Gan-Ka. Entonces ella dar a Ngo algo para Gan-Ka.

-¿Qué es ello? -apremió Wall.

Ngo brincó hasta quedar en el interior del nicho. Arañó con sus dedos en un rincón y bajó nuevamente con dos finas hojas de roca pizarrosa.

Wall se las arrebató de la mano, y, uniéndolas, encontró en ellas los menudos signos, hechos con punzón, de la escritura jeroglífica gnadiana. Descifró ávidamente el mensaje:

«Danit, «tajark» de Gnadia, hija del Sar-Ka, desea hablar a Gan-Ka, ser invencible de superficie. En mi aposento de la mansión del Sar-Ka esperaré, cada vez que todos reposen, alguna señal de que Gan-Ka recibió mi mensaje.»

-¿Agregó algo más? -indagó Wall, una vez se informó del contenido.

-Sólo darme eso para entregar a Gan-Ka.

-¿Cómo fue confiarlo a ti?

-Mujer dorada ser querida por mi pueblo. Libertar algunos prisioneros que caer en poder «dueños de vida»». Confiar en nosotros.

Sígueme -dijo Wall, y Ngo le obedeció inmediatamente, siguiéndole a un trote de zorra pegado a sus talones, en la rápida marcha que emprendió hacia el palacio del Sar-Ka.

No había gran distancia desde el recinto de la Ciencia a la residencia del jefe gnadiano, pero sí los suficientes túneles y bifurcaciones como para desorientar a quien no fuese un práctico conocedor de aquel laberinto.

Varias veces se vio obligado Wall a desandar lo andado por haber seguido caminos distintos a su meta. Al fin la gran plaza en que se hallaba la residencia del Sar-Ka quedó ante él.

Antes de cruzarla Wall inspeccionó con la mirada por si había alguien que pudiera descubrirle. El lugar estaba desierto. Aquel era un mundo confiado.

No sabía con exactitud cómo podría ponerse en contacto con Danit.

Aquellos alojamientos no conocían ventanas ni huecos algunos más que la entrada. Así, pues, decidió jugarse el todo por el todo.

Siempre seguido por Ngo penetró en el salón que ya conocía y lo cruzó con largas zancadas hasta llegar a aquel en que fue presentado al Sar-Ka. En esta ocasión lo halló más espacioso, más solemne y sobrecogedor. Un silencio denso parecía cernirse en él. Miró a uno y otro lado, titubeando por cuál camino seguiría.

En aquél momento, descorrióse silenciosamente una cortina y apareció Danit. Tras un momento de vacilación, avanzó hacia él con su encantador y menudo paso.

Wall parpadeó deslumbrado. Allí estaba Danit. Bella como una diosa de rasgos orientales, sus azules pupilas hicieron estremecerse en Wall fibras ocultas, con una emoción desconocida hasta entonces.

La voz de ella sonó, susurrante y acariciadora, como una música lejana:

-Gracias, Gan-Ka, por haber venido.

Wall no supo qué responder. Estaba mudo, extasiado. Comprendía que aquella mujer podría pensar de él que era un idiota pero no podía dominar aquel extraño temblor que le inundaba. ¡Era bella en verdad la hija del Sar-Ka! ¡Lástima que estuviese destinada a aquel chivo barbudo de Korga!

Ella se le aproximó aún más. En aquel momento descubrió a Ngo junto a las piernas de Wall. Sus ojos reflejaron asombro, pero, inclinándose, frotó cariñosamente la peluda cabeza del pigmeo mientras a sus labios asomaba una encantadora sonrisa. El hombrecillo la dejó hacer sin mostrar ninguna inquietud.

-¡Oh, Ngo! ¿Lograste huir? -preguntó Danit en el idioma pigmeo.

-Gan-Ka me libertó. Ser mi amigo -respondió jactanciosamente Ngo.

Danit volvióse hacia Wall. Sus ojos irradiaban un enigmático y atrayente brillo al mirarlo, mientras decía:

-He de hablarte, Gan-Ka.

Y. con una ligera indicación de la cabeza, le invitó a que le siguiera.

Cuando la piedra giró, cerrando la entrada de la reducida habitación a que condujo a Wall y al pigmeo, Danit manifestó:

-Hemos de tomar precauciones. Esto es una pequeña estancia secreta.

Tomó asienta en un bloque de piedra, y Wall la imito sentándose en

otro frente a ella.

Ngo se acurrucó junto a los pies de Wall.

-Dicen que procedes de otro mundo, Gan-Ka -comenzó a decir Danit con su melodiosa voz-. ¿Es eso cierto?

Ante el asentimiento de Wall, prosiguió:

-Así queda explicado tu acto para conmigo -su rostro mostró una fugaz turbación-. Sin embargo, al efectuar lo que en nosotros significa pedir esposa, ejecutaste algo más. ¿Qué significa en tu mundo unir las bocas como hiciste conmigo?

-Pues -Wall titubeó, embarazado-, es una muestra de cariño.

-¿Se hace con todos?

-No -Wall sonrió al recordar el agrio gesto de los agentes portuarios de Guam-; no se hace con todos. Entre un hombre y una mujer tiene un significado especial.

-¿Como en Gnadia cogerse de las manos?

-Algo así -afirmó Wall.

Ella dejó vagar la mirada soñadoramente. Luego reaccionó, reanudando la conversación.

-El motivo de mi llamada no es ese. Se trata de algo importante -dijo.

-Te escucho.

-Cuando Korga disparó sobre ti todos vimos que eras invulnerable. Tu recuerdo no se ha alejado de mí desde aquel instante. Eres el único ser capaz de anular los proyectos de unos locos.

Wall escuchábala en silencio. Cada vez hallaba mayores encantos en aquella muchacha de un mundo distinto al suyo.

-Unos hombres locos de soberbia -prosiguió Danit- tienen decidido acabar con todo el que no sea «gurk» o «tajark». Lo sé por Korga, mi prometido, el mismo que disparó contra ti. Me lo confió en un momento de flaqueza. No he dicha nada a nadie, pero no quiero ser cómplice de ellos. Hay otra razón: mi padre, el Sar-Ka, nunca estaría conforme y se opondría a ello hasta la muerte. Pero los conjurados no se detendrían ante nada.

-¿Y qué puedo hacer? -preguntó Wall.

-Eres invulnerable, Gan-Ka. Ellos se reúnen, mientras los demás reposan, en la otra bifurcación de la «Fuente de Vida». Allí hay construida una pequeña ciudad-refugio de emergencia, para el caso de que alguna vez el

fuego abriese nuevamente una brecha en el lugar en que lo hizo en época remota. Esta brecha está cerrada convenientemente, pero los «gurks» piensan abrir su paso para que el fuego extermine a los demás.

-Ellos serían también exterminados -razonó Wall.

-Te equivocas. El túnel que conduce a la ciudad-refugio está equipado con un gigantesco bloque cristalizado que obtura totalmente la entrada. Ese cristal es resistente al fuego.

-Y ¿cómo puede penetrarse entonces en el túnel?

-Aplicándole en el centro un chorro del humo que se hiela. Entonces se desprende un trozo, contraído por el frío, como ocurre en la «Fuente de Vida».

-Comprendido. Entonces, ¿qué pretendes de mí?

-Que intentes cuanto puedas por evitar el triunfo de los «gurks». Vivimos así tranquilos, y, de otra forma, peligraría nuestra felicidad.

-Pero, ¿quién es el cabecilla de esa conspiración?

-Korga. Él sólo es el causante de todo. Ha interesado a los demás en sus ambiciosos proyectos y le siguen maquinalmente. Es ambicioso y cruel. Me fue impuesto como futuro esposo por la reunión de científicos, pero le desprecio.

Sin saber por qué, algo se inundó de gozo en el interior de Wall al escuchar las últimas palabras de Danit.

-¿No has comunicado nada de esto al Sar-Ka, tu padre? -preguntó Wall.

-Hubiera sido inútil. Nadie haría daño a un «gurk» y ello precipitaría los acontecimientos.

-No lo acabo de entender. De todas formas, te prometo, Danit, que haré lo imposible por anular la conspiración.

-Gracias, Gan-Ka. En el próximo reposo te aguardo para conducirte al lugar en que se reúnen. Y ahora debes retirarte. Tu recuerdo sigue en mí.

Pusiéronse en pie. Insensiblemente, las manos de Wall fueron acercándose a las de Danit, hasta que, inesperadamente, las tuvo prendidas a las de ella.

Danit miróle vivamente a los ojos con un viso de temor, más luego volvió a tranquilizarse.

-¿Nuevamente, Gan-Ka? -preguntó sonriendo- Ahora no puedes

alegar ignorancia...

-Te quiero, Danit -le dijo Wall, súbitamente serio-. Jamás en mi vida he recordado a una mujer tanto como a ti.

-Entonces, ¿me tomarías por esposa? -preguntó ella trémulamente.

-Por toda la vida -afirmó Wall solemnemente.

-Ojalá fuera así. También tú me atraes inexplicablemente -terminó Danit con un susurro de voz.

Seguidamente, hizo correr el lienzo de pared que cerraba la habitación y dejó libre la salida.

-Hasta pronto, Danit -dijo Wall, disponiéndose a salir seguido por Ngo, que había asistido en silencio y curiosamente a la entrevista.

-Hasta pronto, Gan-Ka. ¿No olvidas algo?

-¿Qué? -indagó Wall, extrañado.

-He recibido tu caricia según la costumbre de mi mundo. Y ahora yo quiero devolvértela según el tuyo .

Wall creyó soñar cuando vio ante sí el encantador rostro de Danit, que, con los ojos entornados, ofrecíale sus labios en una entrega apasionada, como una simbólica entrega de Gnadia al invulnerable hombre de la Tierra.

Y Wall se sumergió en el misterio de aquellas enigmáticas pupilas.

CAPÍTULO XII

La puerta del fuego

Toda la jornada siguiente estuvo Wall junto a Toc oyendo sus explicaciones. Al terminar su entrevista con Danit, decidió reintegrar a Ngo a la prisión, para no despertar sospechas, hasta tanto pudiese hurtarlo definitivamente reintegrándolo al valle de los pigmeos.

No agradó a Ngo aquella última decisión de su amigo y trató por todos los medios de escabullirse. Pero Wall no se anduvo con miramientos y de un zarpazo lo alzó en vilo, introduciéndolo en el nicho. Allí quedó el entristecido Ngo mirándole tras el cristal que cerraba su cárcel.

En aquella ocasión, Toc explicó a Wall que los gnadianos estaban dotados de un sentido de audición capaz de percibir gamas sonoras de frecuencias inaudibles para seres como Wall. Y éste halló en ello la explicación del porqué no oyó sonido alguno de los ligeros golpes que diera el Sar-Ka en el disco que portaba, y cuyo sonido hizo acudir a los científicos sin que él oyera nada.

Llegada la hora del reposo retiráronse ambos a su alojamiento. Wall efectuó la misma operación que la vez anterior. Pero cuando se encaminaba nuevamente a libertar a Ngo, llevaba esta vez colocado el cinturón de Toc del que pendía uno de aquellos extraños proyectores gnadianos.

Wall y Ngo llegaron sin novedad a la cámara del Sar-Ka. Allí les aguardaba Danit, cubierta la cabeza con un capuchón de igual color que su túnica, y que velaba su rostro. Entregó a Wall una túnica blanca, que éste se colocó y ciñó con el cinturón.

A continuación, la expedición formada por aquellos seres tan distintos, emprendió en silencio la marcha a través de los túneles de aquel misterioso mundo subterráneo.

*　*　*

El largo túnel que ahora recorría Wall siguiendo los pasos de Danit, era el mismo que antes siguiera en dirección contraria conducido por Psul, el guardián de túneles de salida.

Ahora pudo comprobar que el túnel iba ensanchándose a medida que avanzaban, hasta adquirir la forma de un embudo. Al final, bifurcábase en dos brazos o galerías en forma de T.

Danit susurró junto a él:

-El túnel de la izquierda conduce a la «Fuente de Vida». Este otro -indicó el de la derecha- es el camino a la ciudad-refugio y se halla obturado al final.

El túnel últimamente citado ascendía en pronunciada pendiente.

-Esta gran brecha cegada -el dedo de Danit señalo la enorme caverna natural que se abría frente al camino seguido por ellos- fue abierta por una explosión ígnea. Si nuevamente quedara libre, inundaría la galería principal que hemos seguido y el río ardiente terminaría con todo cuanto hallase a su paso. La ciudad-refugio tiene otra entrada lejana, pero sería defendida por los «gurks» caso de que triunfase la conspiración. Todos los que no lograran entrar en la ciudad-refugio serían exterminados por la riada incandescente.

-¿Cómo podrán dejar libre este paso? -preguntó Wall acercándose a la caverna.

Era muy parecida al cráter del valle. Innumerables estalactitas y estalagmitas de minerales y masas petrificadas dábanle apariencia infernal.

-Korga me comunicó que tenían preparado un dispositivo para hacerla saltar desde el interior de la ciudad-refugio -respondió Danit.

De pronto, Danit aguzó el oído. Con una rápida señal indicó a Wall se ocultara entre las rocosidades del interior de la caverna, haciendo ella lo propio. Ngo no necesitó de indicación para escabullirse como un rayo entre las protuberancias pétreas.

Breves instantes después, dos hombres desembocaron en la bifurcación c minando con paso rápido. Torcieron a la derecha sin sospechar que eran observados desde el interior de la caverna.

Cuando los pasos dejaron de oírse, Danit apremió a Wall para que la siguiera. Avanzaron rápidamente hacia el final del brazo derecho de la galería, hasta que se hallaron ante el gran bloque cristalizado que la cerraba. Había, empero, un agujero abierto en su parte central, que permitía el paso.

-Nunca se cierra la entrada, salvo en caso de peligro -informó Danit.

Sin pensarlo un segundo, Wall penetró por el agujero, recomendando a Danit quedara fuera en compañía de Ngo. Quería solucionar aquel asunto cara a cara con Korga.

Una vez en el interior, intentó orientarse. El agujero daba a un corto túnel al final del cual abríase una gran plaza circular con numerosas columnas y con gran cantidad de galerías abiertas en su periferia. En el centro de aquella

plaza y encaramado en un bloque semejante a un cono truncado en uno de cuyos lados habían sido tallados unos peldaños, hallábase Korga, arengando a unos centenares de gnadianos de ambos sexos, que le rodeaban.

Wall prestó atención a lo que decía:

-...seremos dueños absolutos de Gnadia -afirmaba Korga-. Y si algún «gurk» o «tajark» se niega a seguirnos, que caiga junto con los inútiles, que no son otra cosa que una rémora en nuestro mundo. La puerta del fuego será abierta y todos ellos serán exterminados.

Wall fue contorneando la plaza, ocultándose tras las columnas que la rodeaban, hasta situarse a espaldas de Korga. Los asistentes estaban tan interesados con el discurso, que no prestaron atención al gnadiano rezagado que fue a engrosar el grupo.

Korga hablaba con energía, en medio del silencio del auditorio:

-Debemos obrar rápidamente. El Sar-Ka tiene sospechas y puede destruir nuestros planes. El caerá con los que se queden, y nosotros elegiremos un nuevo Sar-Ka entre los más decididos.

-¿Quién será el nuevo Sar-Ka? -preguntó una sonora voz salida del grupo.

Korga volvióse a medias hacia el lugar de donde salió la voz, mientras las miradas de todos intentaban distinguir al hombre que hizo la pregunta y que permanecía medio oculto tras una columna.

-¿Puede ser otro que Korga? -replicó altaneramente éste-. He organizado nuestra liberación y creo reunir méritos suficientes para ser elegido.

Entonces Wall alzó el rostro para que todos le vieran y salió del amparo de la columna. Del grupo se elevó un murmullo no exento de temor, al reconocerle los que ya le vieron.

-¡El hombre de superficie!

-¡El ser invulnerable!

Korga había quedado inmovilizado por el estupor. Antes de que pudiera recuperarse, ya Wall había ascendido los peldaños y se hallaba junto a él. Con un rápido movimiento cogió del cuello a Korga, y, reteniéndolo fuertemente, se dirigió a todos:

-¡Gnadianos! Este ambicioso traidor -y mostraba a Korga, zarandeándolo como a un pelele- no pretende otra cosa que erigirse en Sar-Ka

para dominaros por el terror. Sabe que no podréis mejorar de vida haciendo lo que él quiere; pero sólo así sería Sar-Ka, única meta de su ambición. Y tú -dirigiéndose ahora al colérico Korga-; asquerosa alimaña, traidor cobarde, no esperes que nadie te siga. Y, si aún así intentas algo, te aplastaré igual que a un reptil; el animal mas repugnante de mi mundo. Vendrás conmigo, de grado o por fuerza, a presencia del Sar-Ka, y confesarás tu traición. En cuanto a vosotros...

Rápido como el pensamiento, desasióse Korga con un brusco e inesperado tirón, bajando de un salto de la plataforma.

-¡No obedezcáis! -gritó a todos- ¡Es un despreciable ser inmaterial!

-Pero lleva razón, Korga -le interrumpió uno de los «gurks».

-¡Cobarde! ¿Ya te arrepientes? -le apostrofó Korga-. ¡Muere, traidor!

Antes de que nadie pudiese impedirlo, disparó rabiosamente el proyector contra el hombre que le interrumpiera, y éste se desplomó sin un gemido.

Los demás «gurks» intentaron detenerlo, pero Korga, apuntando a todos y con reflejos de demencia en sus malvados ojos, bramó furiosamente:

-¡Traidores! ¡Cobardes! ¡Unas palabras han bastado para que desertéis!

Mientras los insultaba, iba retrocediendo hacia uno de los túneles, como una fiera acorralada. Wall, mientras tanto, había intentado dispararle con el proyector pero le resultó imposible hacer funcionar aquel trasto. Lo arrojó furiosamente al suelo v decidió emprender la persecución de Korga. Sólo los puños serían suficientes para pulverizar a aquel loco.

Cuando éste le vio avanzar amenazadoramente, dio media vuelta y emprendió una carrera hacia el túnel, en el que desapareció.

Gritos de horror lanzados por los «gurks» avisaron a Wall del horroroso propósito de Korga. Todos corrían hacia la entrada, lanzando gritos enloquecidos.

-¡La puerta del fuego!

-¡Abrirá la puerta del fuego y Gnadia será exterminada!

-¡Cerrad la salida! ¡Pronto!

Un sordo estampido como un horrendo trueno lejano, hizo retemblar la bóveda rocosa. Wall titubeó un segundo.

Después, se lanzó como una centella al interior del túnel y vio a

Korga lanzando el rayo del proyector hacia un punto de la pared. Al verle, Korga intentó huir, pero Wall, con la rapidez del pensamiento, se lanzó sobre él, propinándole una serie de golpes que dieron con Korga en tierra hecho un guiñapo. Todavía intentó resistirse cuando fue alzado del suelo, y, entonces, recibió un horripilante puñetazo que medio le deshizo el rostro.

Echándose el inerte cuerpo sobre un hombro, Wall corrió en dirección a la salida.

Allí hubo de sostener una tremenda lucha, pues los enloquecidos «gurks» no querían permitirle salir, temiendo que por la abertura que estaban consiguiendo cerrar, penetrase el fuego liberado.

Utilizando el cuerpo de Korga como una maza, Wall repartió unos cuantos golpes acompañados de fuertes puntapiés, que pronto dejaron libre la salida.

Salió al exterior y no vio a Danit ni a Ngo. Corrió a lo largo del túnel hasta la bifurcación central, al tiempo que de la caverna brotaba un leve río de lava incandescente. Una resquebrajadura dejaba escapar terribles lumbraradas. De un momento a otro la barrera del cráter estallaría.

Corrió Wall por el ancho túnel principal, y allá a lo lejos vislumbró las siluetas de Danit y Ngo que huían precipitadamente.

-¡Huye, Danit! -gritó Wall con todas sus fuerzas-. ¡El cráter va a estallar!

Avanzaba a una velocidad inverosímil, cargando con el cuerpo de Korga. Cerca del palacio del Sar-Ka dio alcance a Danit.

Ya una multitud enloquecida, avisada por los temblores y ruidos subterráneos, huía sin orden, atropelladamente, en dirección al lugar en que debía encontrarse la otra entrada a la ciudad-refugio.

-¡Pronto, Danit! ¡Corramos a la otra entrada!

-Mi padre... -comenzó a decir, doloridamente, la joven.

-No es momento de titubear. El cráter estallará pronto. ¡Lo he visto! ¡Corramos a la entrada de la otra ciudad!

Pero los terribles acontecimientos habían acabado con la resistencia de Danit. Wall la vio tambalearse y apenas le quedó tiempo para sostenerla con el brazo que le quedaba libre.

-¡Maldición! -exclamó- ¡Y todo por culpa de este traidor!

Arrojó al suelo, sin miramientos, el cuerpo del maltratado Korga.

-Ngo -dijo Wall, dirigiéndose al pigmeo que daba muestras de un terror invencible- ¿Podrás prender a Korga por los cabellos?

El hombrecillo lo ejecutó prestamente.

-Bien -aprobó Wall-; ahora cógete a mi túnica y os remolcaré.

Con Danit en los brazos y con Ngo prendido a su ropa y arrastrando a Korga, Wall avanzó todo lo rápido que pudo. Pronto se halló en la retaguardia de la horda que huía dejando el camino sembrado de cuerpos destrozados.

Los más fuertes, guiados sólo por su instinto animal de conservación, atropellaban a los más débiles e incluso hacían uso de los proyectores para abrirse camino. Aquello resultaba una escena de horror apocalíptico.

Mientras, resonaban explosiones que hacían retemblar las bóvedas de los túneles, algunas de las cuales se derrumbaban con estrépito aplastando a los desgraciados que circulaban por ellas.

Los alaridos y gritos de espanto mezclados al estruendo de las explosiones, hacían aún más terrorífica la catástrofe.

Al fin, la gente enloquecida llegó a la gran plaza en que se hallaba la entrada a la ciudad-refugio. Pero ésta había sido cerrada.

Faltos de cohesión y disciplina, los hombres que se hallaban en la vanguardia sólo fueron capaces, anulados por el terror, de realizar desordenados esfuerzos para abrirla.

De pronto, una inmensa explosión, que lanzó el aire con violencia por los túneles que iban a dar a la plaza, hizo enmudecer de pavor a la multitud, que permaneció inmovilizada, con los ojos muy abiertos.

Danit recobró el conocimiento y, al verse en brazos de Wall, su rostro pareció animado por una gran confianza y felicidad. Wall la dejó descansar los pies en el suelo, pasándole un brazo por los hombros.

En aquel momento se levantó un grito de horror de aquella multitud hasta entonces silenciosa. Por los túneles desembocaron ríos de lava incandescente que avanzaban, uniéndose, como una amenaza escalofriante e incontenible.

Los que se hallaban junto a la entrada de la ciudad-refugio habían conseguido abrir una pequeña abertura capaz sólo para dar paso a una o dos personas. Mas el instinto bestial desatado, originó una feroz lucha para conseguir ser de los primeros en pasar. Arremetíanse unos a otros con furia salvaje, sin pensar tan siquiera que aquellos minutos eran preciosos para su

salvación.

-¡Huye, Ngo! -gritó Wall al tembloroso y aterrorizado pigmeo-. ¡Tú puedes escurrirte fácilmente por la entrada!

Ngo no le obedeció. Sólo exclamó con dificultad, debido al espantoso temblor que le dominaba:

-Ngo ser valiente, Gan-Ka. Aprender de ti y quedar contigo y con mujer dorada.

Y aquel tembloroso cuerpecillo aún tuvo fuerzas para tratar de erguirse con jactancia junto a las piernas de Wall.

Danit sonrió tristemente al escuchar a Ngo. Pero Wall no pudo hacerlo en aquella ocasión al ver la ridícula arrogancia. Porque algo desconocido y atrozmente asfixiante le subió a borbotones por la garganta impidiéndole hacerlo.

-Gracias, Ngo -pudo balbucir con voz ronca de emoción-. Eres un valiente.

Korga se incorporaba con trabajo. Al ver avanzar lentamente la masa de lava, su destrozado rostro mostró la repugnante huella del cobarde. Lanzó un horroroso chillido e intentó huir.

Pero Wall le retuvo. Con las mandíbulas apretadas de furor, le prendió por el pecho y la cintura, elevándolo en alto.

-¡Ésta es tu obra, maldito! -gritó con voz atronadora-. ¡Ve a darle la bienvenida!

Y arrojó con fuerza el cuerpo de Korga en dirección a la masa incandescente.

Un aullido de agonía siguió a la caída del cuerpo en la lava, que lo engulló instantáneamente.

Al mismo tiempo, uno de los túneles estalló, y entonces fue una verdadera avalancha de lava hirviente la que inundó la plaza.

Wall la vio avanzar con rapidez. Alzó a Danit y la estrechó junto a su pecho. La mirada de ella quedó fijada en la suya.

-No importa nada, Gan-Ka. Estoy contigo y soy feliz. Te quiero.

Wall sintió cómo el cuerpo de ella se estremecía convulsivamente cuando fueron envueltos por la terrible oleada.

Nuevamente, por segunda vez en Gnadia, Wall perdió toda noción de sensaciones, al ser disgregado en pequeñas partículas. Y, nuevamente

también, fue cohesionándose, uniéndose, después de transcurrido cierto tiempo incalculable.

Aún persistía en él aquella inexplicable sensación de amplitud, de dilatación, cuando giró la vista, que sólo percibía borrosas imágenes, por lo que antes fuera una plaza repleta de seres vivos.

No quedaba el menor rastro de ellos. La candente lava lo inundaba todo, y él, Martín Wall, se hallaba sobre ella.

Vio el ígneo río penetrar mansamente por el orificio que daba paso a la ciudad-refugio, y entonces comprendió que nadie sobreviviría en Gnadia a aquella gran catástrofe.

De improviso, Wall sintióse presa de una sensación horrenda. Era algo así como si un invisible remolino le atrajera, le succionara, como empequeñeciéndolo, recogiéndolo. Algo parecido a lo que debe ser la caída en una sima infinita.

Pero lo horrendo de la sensación era que el remolino, aquella succión incontenible, se producía dentro de él; es decir, que un punto de su interior era el punto imantado al que se recogía todo su ser.

Y Wall cerró los ojos, no pudiendo sustraerse a aquella inmersión insuperable...

CAPÍTULO XIII

En Nauru

Martín Wall abrió los ojos como quien despierta de un largo sueño. Notó la extraña sensación del que ha sufrido los efectos de un narcótico.

Miró a su alrededor, extrañado, y se halló vestido y sentado en uno de los sillones de la habitación del doctor Kellman, la misma en que fue recibido a su llegada a la isla.

Estaba atardeciendo, y del exterior llegaba una suave brisa con aromas de mar y hierbas frescas que Wall aspiró con fruición.

Frente a él, observándole silenciosamente, vio al propio doctor Kellman, el cual, al verle girar la vista por la habitación, le dijo:

-Espero se encuentre bien, señor Wall.

Este se pasó una mano por la frente y halló que tenía la cabeza vendada. Una sensación de angustia desconocida le oprimía. Se encontraba incapaz de razonar con lucidez, como preso aún en las brumas de una atroz pesadilla.

Lentamente fueron coordinándose sus pensamientos, hasta que logró hacerse una idea aproximada de todo lo ocurrido.

Sus primeras palabras fueron incoherentes:

-¡Danit! -murmuró- ¡Un mundo perdido...! ¡El cráter!

El doctor Keilman escuchábale con una imperceptible sonrisa en los labios. Nuevamente, inició la conversación:

-Cálmese, señorr Wall. Ante todo deseo presentarle disculpas porr la manera tan descortés con que le hice intervenirr en mi experimento.

-¡Ahí! -exclamó Wall con tono ausente-. Sí; el experimento...

-Ya terminó -aseguró Kellman-. Y ahora me encuentro totalmente en sus manos.

Wall abrió la boca para replicar, pero fue atajado por el doctor.

-No hable, por favorr. Déjeme terminarr -le dijo-. En el bolsillo interiorr de su americana he depositado una cantidad que creo habrá de satisfacerle. El resultado del experimento ha sido muy halagadorr, como usted ha podido comprobar por sí mismo.

-¡Había seres humanos! -murmuró Wall con voz monótona-. ¡Danit murió!

-Lo sé, señorr Wall. Ahora interesa se dé cuenta de que cualquier

palabra que diga sobre esto barrerá todo cuanto ha conseguido. Las autoridades inglesas me encarcelarían por considerarr delictivo el experimento y mi laboratorio subterráneo sería hallado y destruido.

-¿Teme que le denuncie? -preguntó Wall lentamente.

-Confío en que no lo hará. No era mi intención causarle daño y por ello le dejo libre. Sólo me resta rogarle no mencione para nada al señorr Saddler.

-¿Saddler? ¿Dónde está?

-No es momento de explicarlo, señorr Wall. Está oculto. He sido informado por Haorú, el criado, de que un patrullero de la Marina británica ha atracado en Nauru, y que un grupo de agentes se dirige aquí. Pronto llegarán.

Wall recibió la noticia con indiferencia. Estaba como aletargado. Aún bullían en su mente las espantosas escenas que presenció en Gnadia, seguidas de la horrible muerte de Danit envuelta por el río de lava.

-Confío en su discreción -oyó decir al doctor Kellman-. Déjeme hablar. Ya se acercan.

Sin darse cuenta de cómo ocurrió. Wall vio varios hombres en el interior de la habitación en que se hallaba con el doctor. Varios de ellos vestían uniformes de marinos y empuñaban fusiles. Dos más, vestidos de paisanos estaban junto a él como vigilándole, y un tercero, delgado y de talla más bien baja, hablaba animadamente con el doctor Kellman en el centro de la habitación.

-Celebro no haber hecho el viaje inútilmente, doctor Kellman -decía mirando hacia Wall. Usted lo ignorará, probablemente, pero ese hombre es uno de los más audaces traficantes de drogas en los territorios del Pacífico.

-Me asombra usted, señor -afirmó el doctor Kellman haciendo un aspaviento-. Tengo del señorr Wall el mejor concepto. Llegó a la isla con la embarcación destrozada, buscando refugio de la tempestad, y puedo asegurarle que no traía cargamento alguno.

-Es extraño. El barco fue visto en la playa de Nativa por un avión de patrulla y ello nos hizo llegar hasta aquí. Ese hombre -señaló a Wall- fue visto en Tarawá en compañía de un «pájaro» de cuenta reclamado por las autoridades inglesas acusado de efectuar prácticas de vivisección con heridos de guerra durante la pasada campaña. Un auténtico criminal. Pero siempre se escurre de entre las manos.

-El señorr Wall me informó de que un compañero que navegaba con él fue arrebatado por la furia del oleaje -informó el doctor, mirando significativamente al pasmado Wall.

-Ya lo aclararán los jueces. Lástima que la ley inglesa no sea lo suficientemente dura con individuos de esta estofa. Lo encarcelarán unos meses y nuevamente continuarán su vida delictiva -finalizó el hombre bajito.

Aquel individuo no era totalmente desconocido para Wall. Éste intentó recordar dónde le había visto antes no consiguiendo otra cosa que torturarse el cerebro. Su mente era un torbellino de ideas confusas. Sólo cuando se vio con las manos esposadas, pareció recobrar la lucidez.

Y entonces recordó. Aquel hombre menudo y de aire autoritario era el mismo que le sirviera ron en el garito de Tarawá y a quien él llamó «rata de agua».

Ya en pie, preguntó en voz baja a uno de los hombres que estaban junto a él, indicándole con vista al hombre pequeño:

-¿Quién es?

El otro le miró con una mirada entre burlona despectiva.

-Nada más que el inspector Sheldon, enviado especial para la represión del tráfico de drogas en los Dominios de Su Majestad -fue la asombrosa respuesta.

Antes de salir conducido por sus aprehensores, Wall dirigiose al doctor Kellman con una sonrisa tranquilizadora.

-No tenga cuidado por mí, doctor -dijo-. Volveré tan pronto me sea posible, para continuar... nuestra charla.

-Así lo espero señor Wall -replicó plácidamente el doctor, con enigmática sonrisa. Estoy seguro que lo hará.

Y cuando el grupo salía, aún agregó:

-Ya le dije que la astronomía es una ciencia atrayente.

FIN

¿Qué ocurrirá si, llevado de su gran soberbia y poderío técnico, el hombre crea un mundo artificial; un mundo con su órbita en torno del Sol, como un planeta más pero sin sitio designado por el Todopoderoso; un mundo con hombres convertidos ya en extraños para sus hermanos de la Tierra?

LOS HABITANTES DEL ASTRO SINTETICO

son una amenaza para la Humanidad que, no obstante, a su vez, presiente su destrucción a causa de una inminente guerra total y fratricida entre los pueblos de su propia superficie

LOS HABITANTES DEL ASTRO SINTETICO

es el título de la más reciente obra del escritor español de temas científico-fantásticos

EDUARDO TEXEIRA

LOS HABITANTES DEL ASTRO SINTETICO

es la atrevida e interesantísima narración de aventuras de hondo sentido y pulcro estilo literario que le ofrece a sus lectores en su próximo número la

COLECCION

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*